

VERSOS VIEJOS

DA-1-639

R-41.207

JUAN ANTONIO CAVESTANY

DE LA ACADEMIA ESPAÑOLA



1
AB

639

VERSOS VIEJOS



MADRID

LIBRERÍA DE FERNANDO FÉ

15, Puerta del Sol, 15

1907

Es propiedad:
queda hecho el depósito que marca la Ley.

INTRODUCCION

Si tienes ¡oh lector! el juicio sano
y en orden tus ideas,
no cojas este libro con tu mano;
escucha mi consejo: no lo leas.
Nada ha de hallar en él tu *buen sentido*
que te haga tolerable su lectura:
rimas y ritmos... música... ruido...
vagos anhelos del delirio absortos...
insensatez, locura...
¿para qué decir más?... ¡ renglones cortos!...
Ni aun siquiera te ofrece el aliciente
que á otros libros les presta en igual caso
esa musa enfermiza y decadente,
ayer lepra y hoy gala del Parnaso...
¡Eso no! Ni aun de lejos
seguiré de ese impulso la corriente:
mis versos—ya lo ves—*son de los viejos*;
muy pobres, ciertamente,

mas de aquellos que en época lejana
del ingenio español brotar hacía
el amor á la lengua castellana
con el culto á la Santa Poesía.

Pero si no es así, lector amado,
si hay algo en ti de soñador ó loco,
(de ese bien como un mal considerado,
del que todo nacido tiene un poco...
y ¡ay del que no lo tiene!.. ¡desgraciado!)
entonces ¡adelante! ven conmigo;
sigue leyendo, sigue,
que un libro es casi siempre un buen amigo,
y acaso, si éste logra tu acogida,
por algunos instantes te desligue
de la prosa y del tedio de la vida.
Al menos, yo te juro
que en él no hallarás nada
de vil, de torpe, de procaz ó impuro;
nada que lleve al alma el desaliento:
la expresión será tosca y desmayada,
pero es limpio y honrado el pensamiento.

Mi musa busca el bien y en él se inspira.
Jamás lo infame, lo falaz, lo doble,

conmovieron las cuerdas de mi lira.
Despreciando la sátira ó la mofa,
mi amor á cuanto es noble
desde mi corazón salta á mi estrofa.
En mis versos no hay sombras ni negruras,
que lo negro no existe en mi paleta...
¡Para endulzar tormentos y amarguras,
no para darlos, se inventó el poeta!
Por eso yo, cuando á mi lado miro,
sólo veo lo bello, lo que adoro,
esa techumbre inmensa de zafiro
artesonada de oro;
el mar, el bosque, el prado,
la ancha vega florida,
el río inquieto y el feraz collado...
¡el concierto de todo lo creado
que canta el himno inmenso de la vida!
campos que fecundó pródiga Ceres,
noches de estrellas sin calor ni frío,
tibias puestas de sol y amaneceres
bordados con aljófara de rocío.

Tampoco gozo con placer insano
si miro al hombre, en revolver impío
del corazón humano
el fondo obscuro en que lo innoble nace:

la inspiración no es mísero gusano
que en lo podrido vive y se complace.
Más que la escoria y la maldad y el cieno
es misión de la eterna Poesía
ver siempre lo que es grande ó lo que es bueno;
el Arte no es fantasma que amedrenta,
sino antorcha que guía
y esperanza dulcísima que alienta.
Y el alma de los hombres, ¿por ventura,
no alcanza el ideal de la hermosura
cuando á las cimas de lo justo sube?
Cierto que á veces en el mal se abrasa,
pero el sol es el sol, pese á la nube:
vuelve á brillar cuando la sombra pasa.
Mientras se haga en la tierra un sacrificio
y la idea que surge bienhechora
encuentre un mártir á morir propicio;
mientras haya quien lllore con quien llora
y abrigue con su techo al desgraciado
y comparta su pan con quien lo espera;
mientras haya un soldado
que amarrado al deber como á una roca
defienda su bandera;
mientras una enfermera,
ángel con alas ó mujer con toca,
vele el lecho en que yace el moribundo;
mientras, excelsa, hermosa, soberana,

haya una sola madre sobre el mundo,
miente, y en el mentir tiene su pena,
quien ose sostener que el alma humana
no es noble y grande y generosa y buena.

Bien sé, lector amigo,
que ni en verso ni en prosa
se estila ya decir lo que yo digo;
que no es cosa corriente
pintar la vida de color de rosa,
y que al que así de lo usual disiente,
como el caso resulta extraordinario,
hoy se le llama «imbécil» comúnmente
ó, porque no se ofenda, «visionario».

Pero yo soy un hombre impenitente,
y nunca hará traición el alma mía
de un necio aplauso por la gloria vana
á mi *vieja* poesía
robusta, alegre, alentadora, sana...

Me gusta el ritmo melodioso y grave
que hace llegar al alma la armonía
como caricia mística y suave;

me gusta de la rima la cadencia,
sostén del ritmo, su constante hermano,
y por eso maldigo la demencia
que llama verso—y verso castellano—
á un renglón mal medido
donde se busca en vano
el ritmo, la cadencia y el sentido.

Contagiados no están de esa locura
estos que aquí te ofrecen sus primicias;
no esperes encontrar en su lectura
sobrehumanas delicias
ni placer desusado,
pero, á lo menos, son—te lo repito—
de aquellos á que estás acostumbrado,
de los que tú también habrás escrito.
Sí; tú también, lector, seas quien seas.
¿Hay quien alguna vez no haya encerrado
en el troquel del verso sus ideas?
De toda mesa en el cajón secreto
se halla siempre, buscando con cuidado,
un cantar, una décima, un soneto...
¡Hay de quien no hizo versos en su vida!
Es que nunca el amor llamó á su puerta
con esa misteriosa sacudida
que entre goce y congoja nos despierta.

Todo amante sincero
sólo con rimas á decir acierta
la santa dicha del amor primero.
El canto melodioso
de expresar su pasión le da la clave;
que el hombre, como el ave,
necesita cantar cuando es dichoso.
Amor que nos sofoca
con los suspiros en sus alas presos
cuando del corazón sube á la boca,
rompe en estrofas ó se funde en besos.
Y estrofa ó beso que en amor se emplea
es igual para el alma á quien se envía;
todo acaricia y vibra y aletea,
todo es belleza, luz, himno, Poesía...

Esencia de lo humano es lo mudable:
reyes, costumbres, ritos, tradiciones,
cayendo van al golpe inexorable
con que el tiempo los hunde y los desploma;
desaparecen razas y naciones,
piedras quedan no más de Grecia y Roma,
Menfis, Nínive y Tiro son cenizas,
y de los siglos la voraz carcoma
va su propia labor haciendo trizas.
Sólo á una cosa su poder no alcanza

y ella sólo resiste
del tiempo á los estragos y mudanza:
la Poesía, la eterna triunfadora,
la luz de cuanto existe
y hoy, como siempre, universal Señora.
El vencedor, ayer glorificado,
que halló estrecha la tierra á su codicia,
hoy maldito y odiado
ya no provoca aplausos, sino enconos,
porque el mundo, sediento de justicia,
no quiere en sangre cimentar los tronos.
El Ideal ayer enaltecido
por la fe de los hombres,
hoy por otro ideal se ve vencido,
y van empresas, símbolos y nombres
á la fosa insondable del olvido.
Más fuerte que el atleta,
que el tirano, el monarca y el guerrero,
sólo triunfa de todos el Poeta...
Atenas muere, se transforma el Lacio,
pero del Arte por divino fuero
sobre Roma vencida alienta Horacio,
sobre Grecia sin dioses vive Homero.

Y en él vive y encarna la Poesía,
única cosa humana

que el correr de los siglos no varía.
Hoy como ayer, y como ayer mañana,
eterna, inalterable,
subsistirá la estrofa soberana.
El prodigioso invento
que se juzga al nacer insuperable,
deja de ser portento
cuando surge la aurora
de algún nuevo prodigio, aún máspreciado:
ya es lenta la veloz locomotora
con su pulmón de acero,
porque el rayo, en alambres apresado,
puede más que el vapor, y es más ligero.
El mismo rayo, el rayo ignipotente,
no prestará servicio verdadero
cuando vencido el éter igualmente,
pueda el hombre, que á todo movió guerra,
en cómodo y alígero palacio,
despreciando los mares y la tierra,
hallar camino libre en el espacio.
Y aun entonces, después de esa conquista,
lo mismo que en la edad menos dichosa
á la que apenas volverá la vista,
cansado de prodigios y de prosa
repetirá del éter en el seno:
*«Flérída, para mí dulce y sabrosa
más que la fruta del cercado ajeno...»*

Si mi obra es buena ó mala
tú lo dirás, lector; yo hablé bastante.
Y con esto termina la antesala;
no te hago esperar más; pasa adelante.

HOJA EN BLANCO

MIRÁNDOTE, hoja blanca, pretende mi deseo
romper tu obscuro arcano, tu enigma descifrar:
detrás de tu blancura dijérase que veo
las letras aún no escritas, los signos por trazar.

Paréceme que miro nacer en ti la idea;
que surge de tu seno la rauda inspiración;
que al beso misterioso del ritmo que aletea
te truecas en estrofa vibrante de pasión.

¿Qué ocultas á mis ojos? ¿Espinass? ¿Luces? ¿Flores?
¿Qué mano ha de escribirte? ¿Cuál es tu porvenir?
¿Serás de guerra grito? ¿Serás canción de amores?
¿Qué harán los que te lean? ¿Creer?.. ¿Pensar?.. ¿Sentir?..

Tal vez serás la cuna de un nuevo pensamiento;
tal vez de los que sufren alivio des al mal,
y seas para el triste lo que es para el sediento
la plácida frescura del limpio manantial.

Tal vez lo que tú digas jamás será olvidado,
y busquen de tus letras el mágico calor
la virgen inocente y el mozo enamorado,
la madre sin ventura y el hijo sin amor.

¡Quién sabe lo que guardas! Acaso el anatema
que lanza el oprimido tras largo padecer;
acaso, más piadosa, la clave del problema
que en vano pretendieron los siglos resolver.

Y harás que cese el odio, la guerra, la codicia;
que amor una á los hombres cual santo talismán;
que no haya sobre el mundo, rendido á la justicia,
ni seres sin abrigo, ni huérfanos sin pan.

Quizás, como en un lienzo de mágica belleza,
radiante á un tiempo mismo de luz y de color,
de ti surja brillante la gran Naturaleza,
magnífica en sus galas, soberbia en su esplendor.

Y el sol nazca en Oriente dorando los oteros
bordados con rocío del claro amanecer,
fingiendo que, al borrarse de arriba los luceros,
en prados y en colinas vinieron á caer.

Y se oiga por doquiera la esquila del ganado,
los trinos de las aves, los gritos del pastor,
los cantos del labriego moviendo el corvo arado
que hiere y fecundiza lo mismo que el dolor;

en tanto que á lo lejos blanquísima se vea
cerrando el horizonte la torre del lugar,
y en torno y apiñadas las casas de la aldea
cual hijos que á la madre pretenden abrazar.

Quién sabe si en sus ansias la ciencia en lo futuro
soberbios resplandores en ti vendrá á verter,
ó el cálculo paciente con mágico conjuro
prodigios soberanos en ti verá nacer.

Y el hombre, hallando estrechos sus campos y sus lares,
de glorias y de triunfos eterno paladín,
se lance á los abismos sin fondo de los mares
ó escale de los cielos los términos sin fin.

Y mire lo que ocultan del mar las olas bellas,
sus grutas de corales, sus bosques de verdor,
y sepa cómo prende del cielo las estrellas
la mano que las guía y enciende su fulgor.

Y entrando en sus dominios los ámbitos del trueno,
lanzando en todas partes el grito de «vencí»,
en tanto que ante el hombre la tierra abra su seno
los mundos y los soles se entiendan entre sí.

Quizás de nuevos seres la múltiple existencia
en ti se encierra y late queriendo germinar:
Desdémonas que en vano proclaman su inocencia;
Julietas y Eloíisas nacidas para amar.

Las obras siempre grandes del arte que nos mueve
y viven de mudanzas y siglos á través,
primero fueron hojas más blancas que la nieve;
Edipos y Quijotes y Andrómacas después.

Por eso al contemplarte pretende mi deseo
romper tu obscuro arcano, tu enigma descifrar;
por eso en ti, hoja blanca, paréceme que veo
las letras aún no escritas, los signos por trazar.

LOS OJOS DE BEBÉ

DE qué color son, Bebé?
Lo confieso con sonrojos,
mas nunca lo averigüé.
Te juro que yo no sé
de qué color son tus ojos.

Y paso enormes apuros,
aunque tú no lo calcules;
sé que son grandes y puros;
pero ¿son claros ú oscuros,
negros, ó garzos, ó azules?

¿Es, tal vez, que sus destellos
me ciegan con sus fulgores,
ó es que—por eso son bellos—
como está el Iris en ellos
tienen todos los colores?

No son verdes. Apostar
puedes por ello y no pierdes;
mas se me ocurre pensar,
si tus ojos no son verdes,
¿por qué recuerdan al mar?

Ni azules. Fuera ilusión
llamar azul á su velo
de extraña coloración;
pero si azules no son,
¿cómo parecen de cielo?

Que no son claros diría
quien les buscase reparos
y ése mintiera, á fe mía:
¿podieran, no siendo claros,
vencer en fulgor al día?

Mas tampoco ciertamente
es todo en ellos luz pura,
porque se frunce tu frente
y el enojo de repente
les da sombras y negrura.

¿Qué hay en tus ojos, Bebé?
¿Cuál es su color? ¿Qué expresan,
que jamás lo descifré?
Dímelo. Yo sólo sé
que hablan, que arrullan, que besan;

que hay en tu limpia mirada
promesas que tu alma ignora,
misterios de flor cerrada,
resplandores de alborada
y claridades de aurora;

algo de un amanecer
que dora la ancha campiña;
luz de un sol que va á nacer...
y es que á tus ojos de niña
ya se asoma la mujer.

Tu mirada luminosa
dice que en plazo cercano,
con alas de oro y de rosa,
de la cárcel del gusano
surgirá la mariposa;

y en sus claras transparencias
con que encantas y acaricias
juntas iras y clemencias,
celestiales inocencias
y prematuras malicias;

pureza que Dios formó,
pasión que apuntar se ve,
luz y sombra... ¡qué sé yo!
el ángel que aún no se fué,
la mujer que aún no llegó...

el pudor con su recelo,
de amor la futura guerra,
de vida y goce el anhelo;
lo mas hermoso del Cielo,
lo más dulce de la tierra.

No crezcas más, niña mía;
no pierdas nunca la fe,
la esperanza, la alegría...
No empieces á ser «María»,
no dejes de ser «Bebé».

De tus ojos virginales
conserva limpio el encanto:
lluvia son penas y males
en el mundo... y lluvia ó llanto,
todo empaña los cristales.

Guarda los tuyos ilesos
y en tus divinas miradas
ten siempre juntos y presos
inocencias, carcajadas,
auroras, trinos y besos.

Que no manchen su limpieza
negras nubes de aflicción,
ni profanen su pureza
relámpagos de pasión
ó lágrimas de tristeza...

Campos alegres y amenos
bríndenles goces y halagos
que miren, de flores llenos,
siempre serenos, serenos,
como el cristal de los lagos...

No crezcas, por Dios; procura
evitar penas y enojos;
mira que fuera locura
comprometer la hermosura
de esos dulcísimos ojos.

Y pues que de ellos te hablé
—conmigo no disimules—
dímelo, que no lo sé:
¿de qué color son, Bebé?
¿Son verdes, garzos, azules?...

¡TIERRA!

(12 de Octubre de 1492.)

A DÓNDE va la nave
que, dando al viento la gallarda vela,
corre rozando el agua como un ave?..
Nunca sobre ese mar inexplorado
bajel alguno señaló su estela,
ni en él ningún mortal penetró osado,
hasta que en esa frágil carabela
un hombre le lanzó soberbio reto
y partió de las costas españolas
decidido á arrancarles su secreto
á la tierra, á los siglos y á las olas.

¿Cómo á surcar se atreve un navegante,
sin dirección ni guía,

la insondable extensión del mar de Atlante?
¿Dónde la nave encontrará su puerto?
¿Quién en tan débil leño se confía
á las iras del líquido desierto?
¿Qué playa va á buscar? ¿Cuál es su meta?
Quizás ya no está lejos el sombrío
confín, por nadie visto, del planeta,
donde el Señor su cólera desata,
ruje soberbio el aquilón bravío,
y el mar, como una inmensa catarata,
se vierte en los abismos del vacío.
¡Pobre bajel! ¿Y aún sigue su carrera?
¿Y aún avanza y avanza
sin temor al peligro que le espera?
¡Oh qué ciega y rebelde es la esperanzal
¡Más allá!.. ¡Más allá!.. Sí, ¿pero dónde?
¿En dónde está la tierra prometida
que el Océano esconde,
virgen jamás por nadie conocida?
El mar engañoso, como sirena,
dilatase dormido y transparente;
la onda mansa y serena,
claro y radiante el sol, rota la bruma,
la nave se columpia lentamente
y las olas le ponen con su espuma
un ceñidor nevado y reluciente.

¿Quiénes son esos hombres que en su empeño,
alegres, despreciando la existencia,
corren tras un fantasma, tras un sueño?
Son hijos de una tierra generosa
que jamás al valor llamó demencia,
ni halló ninguna empresa peligrosa;
tierra cuya constancia,
tras lucha siete siglos sostenida,
vió del Islam la indómita arrogancia
sin fuerza y sin poder rodar vencida;
y premiando su esfuerzo la fortuna
en la ciudad del Darro y de las flores,
sobre la ya menguante media luna
abrir la cruz sus brazos redentores;
son los hijos de España, son la gente
que, hallando estrecho el viejo continente
al brazo y al valor de sus soldados,
busca tras de las olas
nuevos pueblos y mundos ignorados
que abrir á las hazañas españolas.

¿Los hallará? ¡Quién sabe!
¿Surcó nadie la líquida llanura
que hoy por primera vez hiende esa nave?
Pero hállelos ó no, sueño ó locura,
quien consiga volver de la jornada

podrá siempre decir de su bravura:
«Donde nadie llegó; lejos, muy lejos,
en una inmensidad nunca sondada
que finge arder del sol á los reflejos,
ya cerca de la raya cristalina
donde se juntan cielo y Oceano,
y mundo, espacio y mar, todo termina,
allí llegó mi empuje sobrehumano;
soldado al mismo tiempo y misionero,
allí llevé la cruz y la tizona,
el santo leño y el invicto acero:
si el mundo no encontré que perseguía
en la desierta zona
donde se extingue tras el mar el día,
¿quién me quita lo grande del intento?
Palmas pide el valor, no la victoria;
quien mide por el triunfo el ardimiento
confunde la fortuna con la gloria.
Mi empresa soberana
sólo desdeñes mereció y olvido;
mas ¿qué me importa á mí la gloria humana?
¿Qué mortal me ha seguido
en todos mis empeños y pesares?
Solo testigo de mi fe divina,
de mi afán, de mi lucha y mis azares,
lo fué Dios desde el solio en que domina
la inmensidad augusta de los mares.»

Mas no: no es sólo Dios quien en su empresa
sigue piadoso al pobre navegante
del mar juguete, de las olas presa;
también le va siguiendo otra mirada
fija, ansiosa, anhelante,
á veces por las lágrimas nublada.
¿Quién es esa mujer? Sólo *ella* espera,
de un loco en la promesa confiada,
el éxito feliz de su quimera.
Ella, la reina altiva y envidiada,
á quien sirven de pajes campeones
que conquistaron reinos en un día;
la que rige sus rápidos bridones
con rendajes de plata y pedrería;
la que un imperio á su poder sujeta
y es dueña de los mágicos jardines
que alzó Alhamar por orden del Profeta;
la que habita los ricos camarines
donde el agua en cien vivos surtidores
destrenza su cascada cristalina
sobre tazas de mármol y de flores,
reflejando su líquido tesoro
en la espaciosa fuente alabastrina
y en la labor del arabesco oro;
ella, que tiene por vasallos reyes,
y por siervas sultanas poderosas,
que á príncipes y pueblos dieron leyes,

desde aquellos dorados alhamíes
en que un rey generoso con su dama,
puso lechos de rosas,
dignos de la mansión de las huríes
donde el amor abrasa con su llama,
con pieles de panteras les dió alfombra,
talló en marfil las bellas celosías
que al calado ajimez prestan su sombra,
púrpura y perlas, oro y sederías
juntó sobre el soberbio cortinaje,
y á su voz, como á un mágico conjuro,
orgullosa de verse en tal paraje,
hasta la piedra del labrado muro,
obediente al cincel, tornóse encaje...
Ella, de tal edén reina y señora,
no piensa en el imperio sometido
que tantas maravillas atesora,
¡y piensa en aquel pobre visionario
que al mar de Atlante se lanzó atrevido
para buscar un mundo imaginario!..

Pobre extranjero, del delirio presa,
que mundos á los reyes ofrecía;
¿qué fué de aquella espléndida promesa?
¿quién ya crédito presta á su locura
ni en su vuelta confía

de la audaz aventura?..

¿Quién?... ¡Ah! La reina espera todavía.
Ella vió que aquel hombre no engañaba;
vió la sublime fe que del marino
en los ojos, firmísima, brillaba,
y contagióse á su fulgor divino;
ella presiente ya la maravilla
y sabe que la cruz del Almirante
junta con las banderas de Castilla
han de brillar en apartada zona
de un Nuevo Mundo en la ignorada orilla
para dar otro imperio á su corona;
ella sabe que vuelve el navegante,
que existe el mundo que encontrar confía,
porque, de no existir, lo crearía
aquel cuyo poder á todo alcanza,
El que creó los astros y los soles,
por darlo de Colón á la esperanza
y al valor de sus bravos españoles.

Ella lo sabe, sí; no es engañosa
la voz que á cada instante se lo augura,
para ella más que todas melodiosa.
¡Ah! Cuántas veces en la noche oscura,
cuando con beso suave

cierra el sueño sus párpados de rosa,
surge á su vista la gallarda nave;
ve en sus jarcias las velas desplegadas;
ve humillarse las olas á su paso
por su audacia vencidas y asombradas;
ve, detrás de su manto transparente,
allá por donde el sol se hunde en ocaso,
una costa surgir resplandeciente;
costa donde la eterna primavera
tiende perenne manto de follaje,
donde el ave por valle y por ladera
luce rayos de sol en su plumaje;
donde la luz más viva reverbera;
donde bosques gigantes y sombríos
se alzan como soberbias catedrales;
donde arroyos y ríos
llevan oro disuelto en sus cristales;
ve, que la nave que al azar navega
dejando sobre el mar luciente raya,
se acerca hacia esa costa, corre, llega,
toca, por fin, la suspirada playa,
y hasta piensa escuchar, vago y distante,
sin duda por el eco repetido,
un grito penetrante,
que del mar á través llega á su oído...
El grito vencedor y soberano
con que el hombre que á todo movió guerra,

desde la extremidad del Oceano,
el mundo al completar exclama: «¡Tierra!»

Y á fe que el sueño fiel no le mentía:
aquel grito sonó sobre los mares,
¡y aún parece que suena todavía!
¡Tierra! ¡Bien haya el grito
que viene á compensar tantos pesares
y á quedar sobre el mar por siempre escrito!
La noche negra y fría
extiende por doquier su sombra espesa,
como queriendo ¡impía!
retardar el placer y la sorpresa...
Pero llega muy pronto la alborada:
el sol rompe las nieblas y la bruma,
y ve de aquellos héroes la mirada,
saliendo como Venus de la espuma,
surgir la tierra virgen codiciada.

Vedla. ¡Bendita sea!
Allí está sobre el lecho nacarino
que le forma de conchas la marea;
allí está con sus bosques dilatados,
su perpetuo verdor, su aire marino,
sus altas cumbres y frondosos prados,

inmaculada, cándida, sencilla,
viendo por vez primera aquellas naves
que se acercan veloces á la orilla
volando sobre el mar como las aves.

¡Oh, momento solemne! El europeo
en la nueva región pone su planta;
alegre clamoreo
sube hasta el cielo azul, donde el sol brilla;
una cruz en los aires se levanta;
el pendón de Castilla
álzase de las naves en la popa
á la mirada de la absorta gente;
por labios de Colón, la vieja Europa
á su hermana menor besa en la frente,
y la promesa mágica cumplida
de nuestra madre tierra en el regazo,
la gran familia humana dividida,
se une, al fin, y se junta en un abrazo.

La obra del Hacedor está completa;
la cruz abre sus brazos protectores
por todas las regiones del planeta.
Ya no hay un mundo de otro separado;
la religión del Dios de los amores,

la que alienta y consuela al desgraciado,
por todas partes su fulgor difunde,
y de un polo á otro polo
la Humanidad se mezcla y se confunde
y forma un solo hogar y un pueblo solo.

De Dios la obra divina
es Colón quien completa y quien termina.

«¡FIAT!» dijo el Señor con voz de trueno,
y América surgió de la honda brava;
«¡Tierra!», dijo Colón, y de su seno
arrebatóla al mar que la ocultaba.

¡ANDALUCIA!

AL fin, tras largos años
de ausencia impía,
nuevamente de mi alma
te enseñas.

¡Salve, pródiga tierra
de la alegría!
Patria de mis amores,
¡bendita seas!

¡Cuántos ya disipados
sueños de gloria,
recuerdos de otro tiempo
siempre querido,
se despiertan alegres
en mi memoria
al volver á la tierra
donde he nacido!

Venid recuerdos gratos,
y aunque de lejos,
devolved á mi mente
la lozanía,
que llama á vuestra puerta
con sus reflejos
el sol vivificante
de Andalucía.

Los rayos que despide
su hoguera santa
derraman generosos
á manos llenas,
gérmenes en el suelo,
savia en la planta,
claridad en la mente,
fuego en las venas.

Aquí jamás las nubes
tienden su velo,
y tienen más aromas
frutos y flores,
más anchura el espacio,
más luz el cielo
y querellas más dulces
los ruiseñores.

Aquí nacen doquiera
lirios y rosas
que no hielan los soplos
del cierzo duro,
y tienen más colores
las mariposas,
y es la mujer más bella
y el sol más puro.

Silvestres amapolas
cubren los prados,
las doradas espigas
la brisa mece,
y la arisca chumbera
por los vallados
el dulcísimo fruto
pródiga ofrece.

Los añosos olivos
de claras hojas,
formados en hileras
bajan del monte,
y el naranjal limita
con cintas rojas
los últimos confines
del horizonte.

Elevándose erguidas
entre el follaje,
dominando los huertos
y las laderas,
con la espesa techumbre
de su ramaje
brindan sombra y frescura
verdes palmeras.

La magnolia fragante,
bella y frondosa,
inclina sus altivas
ramas mejores,
como buscando alguna
mano piadosa
que la alivie del peso
de tantas flores.

¡Cuán ufana la viña
por la llanura
de sus pámpanos verdes
tiende el tesoro,
y en racimos enormes
guarda segura
el riquísimo vino
color del oro!

¿Qué antídoto más dulce
para la pena
que ver del mar risueño
junto á la orilla
de sabroso marisco
la fuente llena
cercada por las cañas
de manzanilla?

Allí el fresco pescado
pasa cautivo,
por manos de una moza
que canta y ríe,
desde la red que preso
lo guarda vivo
á la sartén inmensa
donde se fríe.

Y lejos, entre alegres
voces risueñas,
bajo la fresca sombra
de verde parra,
una zagala entona
las malagueñas
que acompaña el rasgueo
de la guitarra.

Uno habla allí del trigo
de sus graneros;
otro, de su yeguada
que aumenta y cuida,
y otro, amigo de toros
y de toreros,
cuenta las peripecias
de una corrida.

Ya recuerda aquel bravo
toro meleno
que en aprieto tan duro
puso á la gente,
hasta que, con soltura,
fresco y sereno,
lo quebró de rodillas
cierto valiente;

ya pondera el arrojito,
limpieza y gala
con que un banderillero
metió los brazos...
relación que oye atenta
cierta zagala
que se muere de amores
por sus pedazos,

y que venciendo el ansia
que la conmueve
oculta un sentimiento
que nadie ignora,
mientras al blando paso
de su pie breve
la bata almidonada
cruje sonora.

.
.
.

Desde la abrupta roca
que azota el viento
y defiende la entrada
de estos hogares,
hasta el peñón enorme
cuyo cimientto
deshechos en espuma
besan dos mares,

todo es aquí dechado
de perfecciones:

el cielo y el paisaje,
la luz y el día,
y estas almas vehementes
cuyas pasiones
aviva el sol de fuego
del Mediodía.

Granada, entre jardines
que el Darro riega,
coronada de torres
se eleva ufana
y á sus plantas se tiende
la fértil vega,
alcatifa moruna
de la sultana.

Allí la Alhambra altiva
sobre el follaje
destácase orgullosa
de sus primores,
y allí lucha la piedra
con el encaje
de aquellos arabescos
en las labores.

Sobre un campo más verde
que la esmeralda,
Sevilla se levanta
blanca y riente,
y enamorado el Betis
de la Giralda
la copia en los cristales
de su corriente.

Córdoba la moruna
que el valle encierra
sobre su fértil suelo
se alza bendita,
entre los naranjales
de aquella sierra
y el bosque de columnas
de su Mezquita.

Reina del Oceano,
la antigua Gades
sobre el mar se levanta
con gracia suma,
como la hermosa Venus
de las ciudades
surgiendo en una concha
de entre la espuma.

¡De cuántos bienes gozas,
oh Andalucía,
y cómo de las almas
te enseñas!
¡Salve, pródiga tierra
de la alegría;
patria de mis amores,
bendita seas!

LA CASA EN QUE NACÍ

O^H, casa en que nací, nido sagrado
donde el recuerdo de mi infancia está;
tú no eres la que fuiste, te han cambiado;
no te conozco ya.

No eres la abuela á cuyos pies corrían
los nietezuelos, de su vida edén,
cuyas nobles arrugas parecían
corona de su sien.

Eres la anciana que el adorno afea,
la vieja con nostalgia de su Abril
que, queriendo engañar, pintarrajea
su rostro de marfil.

Y sin ganar la gracia y la frescura
que la vida no da más que una vez,
pierde el augusto sello de hermosura
de la santa vejez.

Oh, casa en que nací, nido sagrado,
estrella de divina claridad;
ya no eres la que fuiste, has deshonrado
tu noble ancianidad.

Del viejo patio los rincones frescos
donde mi siesta transcurrió feliz,
hoy adornan vulgares arabescos
de brillante matiz;

mas la blanca pared que antes cubría
el viejo toldo, sin objeto ya,
exhalaba un perfume de poesía
que ésta nunca tendrá.

De la fuente que en medio se elevaba
otra ocupa el lugar mucho mayor;
pero en la antigua el agua murmuraba
con más dulce rumor.

Esta es agua que corre cristalina,
blancos cristales que se ven bullir;
aquella... era una música divina,
que nunca he vuelto á oír.

El alto mirador donde aún te asomas
otras casas, soberbia, á dominar,
ya no alegran los nidos de palomas
del viejo palomar.

Verdad que como emblema del orgullo
aún se alza, siempre enhiesto, el mirador;
pero le falta el soñoliento arrullo
símbolo del amor.

Le faltan con las risas la fragancia,
le faltan los recuerdos que hay en mí...
Lugares bendecidos de mi infancia,
¿quién os conoce así?

La golondrina estaba en ese alero;
tal vez fué en este plácido rincón
donde el latido del amor primero
sintió mi corazón.

Tal vez bajo esta rama florecida
á su divino influjo me entregué,
y la primera estrofa de mi vida
aquí mismo tracé.

Mas todos son fantasmas del deseo,
calenturienta y mágica visión;
nada es lo mismo en torno; nada veo
más que con la ilusión.

Tan sólo ese rosal, cuya verdura
trepa enlazada al tronco del jazmín,
aún cubre con soberbia colgadura
las tapias del jardín.

El mismo... ese es el mismo que antes era:
del tiempo y del invierno vencedor,
siempre vuelve á lucir en primavera
su manto de verdor.

Reconozco su antigua lozanía,
sus flores de adorable suavidad...
¡las hijas son de las que yo cogía
en mi dichosa edad!

Blancos jazmines y capullos rojos,
mirad á vuestro amigo, vedme aquí:
¡vosotros evocáis ante mis ojos
la casa en que nací!

Vosotros no cambiasteis de colores;
vuestro perfume donde estaba está:
sois el mismo tapiz, las mismas flores...
que yo no cojo ya.

Mas ¿qué importa? ¿No se ama lo distante?
Yo siempre, dondequiera, os amaré;
las tapias del jardín, como un amante,
de noche rondaré;

y sintiendo al pasar vuestra fragancia
en la dulce embriaguez de la ilusión,
la antigua paz de la remota infancia
volverá al corazón.

.

¡Oh jazmin y rosal de mis amores,
compañeros y hermanos para mí,
ya vive solamente en vuestras flores
la casa en que nací!

POR ZORRILLA

(Composición leída en una función teatral á beneficio de la viuda del gran poeta.)

T riste, abandonada y sola
vive, ha tiempo, en la indigencia
quien compartió la aureola
y el amor y la existencia
de una gran gloria española.

¡Mofa horrible de la suerte!
Quien fué grande y fué glorioso
y en la lucha atleta fuerte,
no puede encontrar reposo
ni en los brazos de la muerte;

porque el viejo trovador
no dormirá descansado
si sabe que con su amor
dejó por todo legado
la miseria y el dolor.

¡Rubor pone en la mejilla
y arranca el llanto y subleva
por lo que á España mancilla,
que no tenga pan quien lleva
el gran nombre de Zorrilla!

Contra tal iniquidad
hoy la protesta es notoria;
pero es muy triste en verdad
que una deuda de la gloria
la pague la caridad.

A pagarla habéis venido.
A un hogar, siempre de luto,
lleváis consuelo y olvido.
Bien merece ese tributo
el cantor esclarecido.

Valer no tengo ni fama.
No es mi comedia, por cierto,
quien esta noche os reclama.
Es la voz del vate muerto
la que os cita y la que os llama.

Volviendo la vista atrás,
pues su nombre nos convida,
veremos surgir quizás
cuanto en Zorrilla halló vida
y no ha de morir jamás.

Rojo el sol, abrasa y tuesta
de los sotos la enramada
y conmueve la floresta
la música regalada
de la *canción de la siesta*.

De ayer en la niebla oscura
y de la verdad remedo,
surgen, cuando él las conjura,
Granada con su hermosura,
con sus grandezas *Toledo*.

Vieja la aventura es,
pero aún mueven nuestro afán
y excitan nuestro interés,
las penas de *doña Inés*
y los triunfos de *don Juan*.

Montoya esgrime la espada,
y en premio á su fe sincera
por la Virgen reemplazada,
vuelve al claustro abandonada
Margarita la Tornera.

Destrozado el coselete,
sin un paje ni un amigo,
perdidos hierro y almete,
aún vaga el Rey *don Rodrigo*
á orillas del Guadalete.

Y aún, con sólo un hombre fiel,
atento al honor, no al medro,
más infeliz que cruel,
muere luchando *don Pedro*
en los campos de Montiel.

Aún, en fin, de quien le ruega
para calmar el quebranto
cuando ante su cruz se llega,
desclavando el brazo santo
jura *el Cristo de la Vega*.

¡Cuántos sitios, cuántos seres,
todos nobles, todos bellos;
monarcas, siervos, mujeres!..
¿Quién no compartió con ellos
sus cuitas ó sus placeres?

¡Turba amorosa ó guerrera
de inmarcesible aureola,
que en el Arte, donde impera,
vivirá mientras no muera
la noble lengua española!

Quien á esa turba dió vida
y fué de muchos amigo,
no es extraño que hoy os pida
que deis consuelo y abrigo
á una mujer desvalida.

Pues lo hacéis, por modo cierto,
vuestra piedad lleva flores
á un sepulcro aún casi abierto.
Mi voz, por Zorrilla muerto,
os dice: Gracias, señores.

MOROS Y CRISTIANOS

(ROMANCE)

TRES días van transcurridos
sin que en torno al campamento
de acciones ni escaramuzas
se oiga el sordo clamoreo;

tres días sin que en la vega
hiera el sol ó agite el viento
coseletes de cristianos
ó jaiques de sarracenos.

Tras su cinturón de almenas
Granada duerme en silencio
y en Santa Fé también duermen
caballos y caballeros.

Son muchos tres largos días
de estar ociosos los hierros,
cuando religión y patria
tienen su esperanza en ellos;

cuando la impaciencia aguija
y están los potros dispuestos,
y hay en la hueste una reina
y se lucha por un reino;

cuando están á todas horas
la vigilancia en acecho,
en una mano la escala,
en la otra mano el acero,

el odio en los corazones,
en las cabezas los yelmos,
Granada, cerca, muy cerca,
y el temor, lejos, muy lejos.

Sobre gallardos corceles
de seda y plata cubiertos,
que se revuelven nerviosos
con vivo caracoleo,

un grupo de diez cristianos
sale de la vega al centro
con lucientes armaduras
donde el sol finge un incendio.

Que van de fiesta parece
por el lujo de su arreo:
bien rizados lambrequines,
bruñidos cascos y petos,

lorigas reverberantes,
gualdrapas de terciopelo,
y rendajes en que brillan
del aljófar los reflejos.

Antes de salir al campo
los corceles detuvieron
frente una tienda que guardan
cuatro fuertes ballesteros,

sólo distinta de todas
en que la lona del techo
sostiene un pendón morado
con dos escudos en medio.

Mostróse á la entrada un paje,
saludóles con respeto,
y tras muy cortas palabras
se entró en la tienda de nuevo;

volviendo á salir en breve,
pero esta vez precediendo
á una mujer cuyo rostro
suspende y cautiva á un tiempo.

No luce más ricas galas
que un jubón de lana negro,
y haciendo marco al semblante
modesta toca de lienzo;

mas del humilde atavío
bajo el descuidado aspecto
se adivina un noble talle
y un porte imponente y regio.

Echó pie á tierra un jinete,
y habló á la dama en secreto,
su venia pidiendo, acaso,
para algún oculto intento,

y debió ser concedida
porque en tono grave y tierno
—«Id, hijos—contestó aquella,
y alzó los ojos al cielo.

Después... un adiós y un ¡viva!
que se juntan al estruendo
del correr de los corceles
con sus ferrados arreos.

Y á poco, ya muy distante,
la nube de polvo espeso
que señala por la vega
de la banda el derrotero.

Pronto otra nube de polvo
de la ciudad descendiendo
avanza rápidamente
hacia la vega á su encuentro.

Musulimes son que cabalgan
en potros que rigen diestros,
y tal corren que parecen
más fantasmas que guerreros.

También llevan fuertes lanzas,
bruñidos y ricos yelmos,
reverberantes rodelas
y finas mallas de acero,

pero los cascos se ocultan
bajo el turbante agareno
y la seda de los jaiques
de las cotas cubre el hierro;

siendo de ver mientras corren
cómo van flotando al viento
los albornoces tan blancos
sobre los potros tan negros.

No ha salido todavía
del campo cristiano un reto
que los moros granadinos
no aceptaran al momento.

Frecuentes son los combates
en que demuestran esfuerzo
los mejores adalides
de los dos bandos opuestos,

pero nunca hasta este día
desde el principio del cerco
lanzó á los moros su guante
la mejor lanza del reino.

Porque es Gonzalo, es el mismo,
el que á la ciudad, soberbio,
mandó con un emisario
un cartel, así diciendo:

«A diez moros de Granada
que no conozcan el miedo,
diez cordobeses esperan
esta tarde en campo abierto.

Y si diez parecen pocos,
doblen el número de ellos,
que cada hombre de Gonzalo
vale por dos, cuando menos.»

A este cartel es, sin duda,
al que responden á un tiempo
los dos grupos de jinetes
que á encontrarse van ligeros.

Diez son los de cada bando:
ni uno más el moro ha puesto,
que no ha menester ventajas
el que lucha con desnudo.

Yeguas jerezanas rigen
los que van del campamento;
los que vienen de Granada
montan potros del desierto.

Pronto chocan los dos bandos
con choque tan fuerte y recio,
que se estremece la vega
como cuando estalla el trueno.

Se encabritan los corceles
los acicates sintiendo,
y las desnudas espadas
despiden chispas de fuego.

En las artes de la guerra
deben ser todos maestros,
porque unos y otros parece
que cobran vigor riñendo.

¡Con qué precisión se mueven
descargando tajos fieros!
¡Cómo revuelven los potros!
¡Cómo hurtan al golpe el cuerpo!

¡Vive Dios, que quien los mire
debe pensar que está viendo
escaramuza ensayada
más que combate sangriento!

Pero no: si alguien lo piensa
no será por mucho tiempo,
que no se tiñen de rojo
las lanzas en los torneos,

ni cuando un corcel de raza
viene á tierra con su dueño
queda en el polvo tendido
en vez de alzarse de nuevo.

De un fuerte bote de lanza
cayó un musulmán bien presto;
siguióle en breve un segundo,
y otro después y otro luego,

y entonces los seis restantes,
del mortal peligro huyendo,
vuelven riendas á Granada
presurosos y maltrechos,

dejándose sobre el campo
bien á su pesar los muertos,
y llevándose en las almas
el dolor del vencimiento.

Los caballos de la Arabia,
cuando se les suelta el freno,
parecen, más que corceles,
hijos del rayo ó del viento.

No existen ante su paso
vallados, zanjas ni brezos,
porque tiene su carrera
mucho de salto y de vuelo,

y cuando á correr se tienden,
salvan barrancos y setos
sin tocar casi en la tierra
ni necesitar aliento.

Así van los seis vencidos
hacia la ciudad corriendo,
y en vano los vencedores
pican espuelas tras ellos.

No los alcanzan: no pueden,
aunque redoblan su esfuerzo
las yeguas de Andalucía
con los potros del desierto.

Ya saben que los persiguen,
y cuando se huye del riesgo,
no hay alas como el peligro
ni acicate como el miedo.

Pronto llegan los cristianos
á convencerse, aunque tercios,
de que la anhelada presa
se escapa á su seguimiento,

y van las cabalgaduras
poco á poco conteniendo,
dejando donde se paran
de espuma bañado el suelo.

Nueve de los diez jinetes
desisten ya del ojeo:
uno solo sigue y sigue
cada vez con más empeño.

Va la yegua hijadeante,
frecuente y ronco el resuello,
la ancha nariz dilatada,
los ojos echando fuego,

los arneses destrozados,
sobre la crin libre el freno,
pero siempre espoleada,
siempre corriendo, corriendo...

Y así llega el buen jinete
de *Dinadamar* al cerro,
sin ver que los perseguidos
están ya muralla adentro,

y que él mismo casi toca,
más que temerario, ciego,
las altas torres que guardan
á la ciudad de sus sueños.

¿Dónde va? ¿Qué fin persigue?
Loco, sin duda, se ha vuelto,
pues sólo un demente afronta
tal peligro sin objeto.

Del monte sube á la cima,
y el rendaje requiriendo
la noble yegua detiene
y salta en tierra ligero.

Y alzándose la visera,
y al par de hinojos cayendo:
«Granada — dice —, Granada...
¡Por fin! ¡Te he visto el primerol!»

Y una lágrima brillante
surca su rostro moreno
mientras queda largo espacio
de rodillas y en silencio.

Torres, alcázares, patios,
jardines de rosas llenos,
fuentes con mil surtidores,
y mármoles y azulejos,

cuanto la reina del Darro
guarda y conserva en su seno,
de Gonzalo ante los ojos
surge incitador y bello.

Alí la puerta Cadima,
con su arco airoso y esbelto,
y el Albaicín con sus casas
de dorados arabescos;

allí la Alhambra divina
con su cinturón inmenso
de arboledas y arrayanes,
todo aromas y gorjeos;

allí, en fin, Granada entera
con su recinto opulento;
la sultana de Occidente,
la predilecta del cielo,

la del aire embalsamado,
la de los pensiles regios,
la de las bellas huríes,
la de los bravos guerreros...

Todas esas maravillas
codiciadas tanto tiempo,
el valeroso Gonzalo
mira con ojos sedientos,

y de hinojos, cual si orase,
sigue extático diciendo:
«Granada, Granada hermosa,
yo, yo te he visto el primero.»

En el éxtasis no advierte
que en la ciudad, y no lejos,
de trompetas y atabales
suenan los vibrantes ecos;

que las puertas de Granada
se abren con marcial estrépito,
y que un pelotón de moros
contra él avanza rugiendo.

Gonzalo sigue impasible
de rodillas, sordo y quieto,
hasta que casi á su lado
llega el bando sarraceno.

Sólo entonces se recobra,
y de un salto, sin esfuerzo,
monta en la cabalgadura
y clava en su ijar el hierro.

¿Será tarde? Ya los moros
contra él aprietan el cerco...
pero el corcel, de repente,
vuelve atrás, salta unos setos,

se lanza por un barranco
de matorrales espesos,
ocúltase en la maleza,
sale al fin á campo abierto,

y esta vez y por Gonzalo
que corra más quiere el Cielo
la su yegua jerezana
que los potros del desierto.

.

Aún después de cuatro siglos,
sobre el lugar del suceso,
del Gran Capitán la hazaña
conmemora un rico templo.

EL MEJOR GUIA

QUÉ buscas de la vida
por el sendero,
joven alma que emprendes
hoy tu camino?
¿Dónde vas por el mundo
sin compañero?
¿Necesitas un guía?..
Yo serlo quiero.
Sígueme, y en mis manos
pon tu destino.

--¿Quién eres?—¿No lo sabes,
alma inocente?
¿No me has visto en tus sueños
embriagadores?

¿De laureles ceñida
mi noble frente,
nunca surgi á tus ojos
resplandeciente
para ser el más dulce
de tus amores?

En tu labor eterna,
de noche y día,
¿no era yo quien te daba
constancia firme?
¿No era yo quien de lejos
te sonreía?
Yo, yo sola tus fuerzas
enardecía,
mientras que tú luchabas
por conseguirme.

A mí vienen los nobles
y los pecheros;
por mí luchan los niños
y los atletas;
los alegres me buscan
y los austeros;
yo soy quien da laureles

á los guerreros
y la frente coronó
de los poetas.

Yo soy quien premia al bueno,
quien honra al fuerte;
vive el genio ignorado
si no le sigo,
y quien de conseguirme
logra la suerte,
es vencedor del tiempo
y aun de la muerte...
—¿Quién eres?—Soy la gloria;
vente conmigo.

—De mi adorada madre
la voz piadosa
en mi niñez bendita
y aún no lejana,
me dijo que eras dulce,
pero engañosa;
que el alma por ti pierde
su paz hermosa:
déjame: yo no quiero
la gloria humana.

—Dices verdad: la gloria
dicha es mentida;
ven conmigo, yo tengo
más altos dones:
si me sigues, dichosa
será tu vida;
cuanta ventura sueñes
verás cumplida
y serán realidades
tus ilusiones.

Alcázares soberbios,
ricos festines,
músicas encantadas,
nocturnas fiestas,
yo te daré de todo
cuanto imagines,
y tendrás siempre rosas
en tus jardines,
y siempre ruiseñores
en tus florestas.

Tus selvas y tus bosques
serán verjeles,
y al disponer en ellos
tus cacerías,



cuando sigas la huella
de tus lebreles,
irás pisando flores
con tus corceles
al correr tras los ciervos
y las jaurías.

Para ornar tus palacios
lujosamente,
de mármoles y jaspes
tengo canteras;
púrpura y sedería
vendrán de Oriente,
y para darte alfombras,
la Libia ardiente
despoblaré de tigres
y de panteras.

Si ambicionas un reino,
todos son míos;
yo correré en tu ayuda
cuando me llames;
se humillarán los hombres
ante tus bríos;
vencerás en palenques

y en desafíos,
y serás bien amado
de cuantas ames.

Podrás decir sin miedo
que habrás gozado
cuantas dichas existen
una por una;
el triunfo á tus caprichos
irá amarrado...
¿Aún no te satisfaces?
Ven á mi lado:
soy la reina del mundo;
¡soy la Fortuna!

—¡Huye de aquí! Mi madre
me dijo un día
que no quisiera nunca
lograr tu palma;
que por falsa y mudable
te aborrecía,
que no eres tú el heraldo
que al cielo guía,
y que paz verdadera
no das al alma.

—Conmigo ven entonces,
ven sin recelo,
que de darte venturas
hallaré el modo;
yo soy el enemigo
del mal y el duelo:
¡verás qué hermoso el mundo,
qué azul el cielo,
qué dulce la existencia,
qué alegre todo!

Los goces solamente
son mi divisa;
voy vertiendo venturas
á manos llenas;
el huracán más fuerte
convierto en brisa;
donde llanto me encuentro
dejo sonrisa,
y en dichas á mi paso
trueco las penas.

Surco el mar de la vida
tranquilo y grave;
favorables los vientos
rizan mi vela,

y las olas dormidas
 mecen mi nave,
para la cual es siempre
 la brisa suave,
la corriente benigna,
 blanca la estela.

Soy el placer. ¿Me quieres
 por compañero?
—Que te huyera me dijo
 mi madre amada;
huye de mi camino;
 solo ir prefiero,
aunque sé que del mundo
 por el sendero
es dura y fatigosa
 nuestra jornada.

—Solo no, que aquí tienes
 mi compañía.
—¿Quién eres?—Un amigo
 de los mejores:
si te ofreciera triunfos
 te engañaría,
mas gozaré si gozas

con tu alegría,
y lloraré si sufres
con tus dolores.

Soy un irresistible
constante anhelo;
un germen de delicia
siempre fecundo;
soy el amor bendito,
gloria y consuelo,
rayo de luz divina
que manda el cielo
al alma desterrada
sobre este mundo.

Yo no te ofrezco gloria,
lauro ni ruido,
que no somos dichosos
por los honores;
para serlo, nos basta,
—tenlo entendido—
lo que le basta al ave:
tener un nido
donde ocultar al mundo
nuestros amores.

Aduladores tienen
los triunfos vanos;
amigos la fortuna
que al necio asombra,
mas se pierden tan pobres
bienes humanos,
y por igual amigos
y cortesanos,
huyen del árbol seco
que no da sombra.

Y en cambio, en la desgracia
cobro energía;
los dolores me acercan
al ser amado,
y comparto la carga
de su agonía:
al dichoso le quiero
por simpatía;
al infeliz le adoro
por desgraciado.

Agrúpense los buenos
en torno mío,
que, aunque no doy al hombre

gloriosas palmas,
hago el dolor humano
menos sombrío,
y soy, lo que á las flores
es el rocío;
lluvia vivificante
para las almas.

Soy el germen eterno
de la ventura;
de mí cuanto es creado
calor recibe;
por mí cantan las aves
en la espesura,
fructifican los prados,
el sol fulgura,
la humanidad alienta
y el mundo vive.

—Amor, amor eterno,
lumbre sagrada,
germen, calor y esencia,
sé tú mi amigo:
de ti me hablaba siempre
mi madre amada:

quiero que me acompañes
en mi jornada;
si es dura... ¿qué me importa
yendo contigo?

LA CATEDRAL DE LEÓN

No en ti como en tus nobles compañeras
 vetustas y severas,
las góticas antiguas catedrales,
la nave solitaria y silenciosa
 dilátase medrosa
bajo los recios arcos ojivales.

 Todo en tu seno es luz y es alegría:
 la claridad del día
tus bóvedas inunda de fulgores;
más que austero retiro del creyente
 eres fanal luciente
formado por cristales de colores.

 En tus vidrieras de perenne fama
 pródigo el sol derrama
rayos gualdas, azules, carmesíes;

las figuras que en ellas resplandecen
recortadas parecen
de topacios, zafiros y rubíes.

La viva luz que tu recinto llena,
clara cual luz helena,
tiene algo, por lo alegre, de pagana;
no hay en ti la mortal melancolía,
la tristeza sombría
de la severa catedral cristiana.

En esta de los altos ventanales
los oscuros cristales
dejan al santo asilo en la penumbra;
tan sólo alguna lámpara que oscila
su soledad tranquila
con tembloroso resplandor alumbrá.

Allí despiertan pensamientos graves
las anchurosas naves
con su silencio aterrador y augusto;
allí surge á la vista acongojada
la tragedia sagrada,
el leño infame donde expira el Justo.

Se ve la roja sangre que gotea;
la plebe que vocea;
la tierra que vacila estremecida;
la nube negra por el rayo rota;
la maldición que flota
sobre la frente de Judá deicida...

Sólo visiones de terror y espanto
ver deja el templo santo
al conturbado corazón contrito:
hasta la ojiva al levantar el vuelo
subir parece al Cielo
para implorar perdón por el delito.

En ti, templo de luz bello y riente,
encaje transparente
de piedra y de cristal entretejido,
sólo ven los alegres corazones
las célicas visiones
del Edén á las almas prometido.

En vez de un leño sobre el monte alzado,
del cuerpo ensangrentado
de la inocente víctima expiatoria,

la luz, que entra á torrentes, ilumina
una visión divina
de triunfos, de esplendores y de gloria.

Entre rayos de ardientes luminares,
la *estela* de los mares,
la Virgen madre, bella entre las bellas,
con su corona por el sol formada,
de la luna calzada,
y ceñida por túnica de estrellas.

A LA MUERTE DE VICO

HAS muerto como debías;
como cuando grande actor
las almas estremecías...
Nunca en tus mejores días
tuviste triunfo mayor.

Muriendo grande, aplaudido,
con ardiente frenesí,
de cien coronas ceñido,
tu muerte no hubiera sido
quizás tan digna de ti.

Del proscenio atleta fuerte
debiste al drama tu fama
consiguiendo enaltecerte...
Por eso para la muerte
guardaste el último drama.

¡Pobre! Marchito el laurel
antes tan glorioso y puro,
y sin otro amigo fiel
que el mar que azotaba duro
los costados del bajel;

mirando en la hora postrera
la inmensidad vasta y sola,
y cual fin de la carrera
la playa... ¡que ni siquiera
era ya playa española!...

.
.

Así murió el triunfador.
La mar se abrió sacudida
del cuadro por el horror...
De los dramas de su vida
fué el de su muerte el mejor.

Para hacerlo halló su anhelo
cuanto le era necesario;
¡tuvo ese triste consuelo!
Un buque por escenario;
por bambalinas el cielo;

la inmensidad triste y fría
por público que juzgaba,
y como gran sinfonía
fa del viento que bramaba
y la del mar que rugía.

LA REJA

LA reja! Sus hierros, que besa la luna,
allá en la desierta calleja moruna,
encierran misterios y encantos sin fin;
parece que exhalan, cubiertos de flores,
murmullos de besos, palabras de amores,
promesas de citas y olor á jazmín.

Tras ella adivina quien pasa á su lado
un busto de nieve de nardos cuajado,
dos ojos muy negros que acechan quizá,
un pecho impaciente que late de prisa,
los pasos de un hombre, la seña que avisa,
y el «cuánto has tardado» y el «heme aquí ya».

¡Benditas mil veces las rejas hermosas
cubiertas de albahaca, claveles y rosas,

que aromas derraman y prestan calor!
¿Qué moza garrida, qué joven pareja,
naciendo andaluza, no puso en la reja
el fin á sus ansias y el sello á su amor?

¡Cuán dulces en ellas las noches calladas!
Rumor de suspiros, brillar de miradas,
el largo coloquio de intenso placer,
la música extraña del blando ceceo
que sabe á caricia, que suena á gorjeo
saliendo de labios de aquella mujer.

Detrás de los hierros, cual blanco tesoro,
la bata crujiente, más limpia que el oro,
que mueve el latido de un seno vivaz;
delante, flotando ligera y galana,
la capa torera con vueltas de grana,
y el ancho sombrero que oculta la faz...

Y pasan los años, los años crueles,
y hay siempre en la reja, de albahaca y claveles,
la misma cortina de eterno verdor;
hay siempre una mano que cuida las flores:
son otras mujeres, son otros amores...
Se van los amantes, mas queda el amor.

Donde hay una reja discreta y florida,
hay siempre una hermosa, de amores herida,
que acude á la seña del tierno galán...
Ayer, al reclamo, las madres salieron;
hoy salen las hijas que de ellas nacieron;
las que aún no han nacido mañana saldrán.

Al pie de sus hierros se oirá eternamente
de un canto de amores el ritmo doliente,
suspiros que vuelan hacia una mujer;
la copla vibrante, la endecha que implora...
Hoy es la guitarra quien canta y quien llora;
su madre la guzla, sin duda, fué ayer.

¡Oh reja, que tienes de altar y de nido:
quien nunca á tus hierros llegó conmovido
detrás del encanto de un rostro de sol,
de un goce completo no guarda memoria,
ni quiso de veras, ni sabe qué es gloria,
ni acaso ha debido nacer español!

Mujer andaluza cubierta de flores,
sentada á la reja y hablando de amores,
no es sólo una moza garrida y gentil:
es símbolo hermoso que encarna y encierra

la gracia divina de toda la tierra
que el Betis fecunda, que borda el Genil.

En ella palpitan Sevilla y Granada;
la vega florida, la huerta soñada,
la blanda tibieza del aire andaluz,
la raza africana, la sangre caliente,
la risa en los labios, el fuego en la mente,
y el cielo sin nubes radiante de luz.

LA ESCLAVITUD DEL RAYO

ANTE el soberbio trono en que se sienta
el Dios excelso que los orbes guía,
los mundos rige y las estrellas cuenta,
y desde el cual su mano omnipotente
da movimiento al mar, enciende el día,
hunde al Sol en las sombras de Occidente,
presta á la luz cambiantes y colores
y da á la creación vida y aliento,
trino á las aves y á los campos flores,
el Rayo llegó un día, y abatido,
dijo con ronco acento:

«Perdóname, Señor; vengo vencido.
He perdido el poder que me hizo fuerte:
heraldo de tu cólera divina
era hasta ayer mi voz, nuncio de muerte.
Cuando del seno de la nube espesa
se escapaba mi roja culebrina

y el mundo y el mortal eran mi presa,
todo á mi paso de terror temblaba,
turbaba el miedo al corazón valiente
y el criminal contrito se postraba.
¡Cuántas torres que al cielo se elevaron
sólo al contacto de mi choque ardiente
á mis pies con estrépito rodaron!
Yo del diluvio en la ocasión suprema,
tu ejecutor al par y mensajero,
anuncié con el trueno tu anatema,
y rápido y certero,
sólo mi fuego devoró más vidas
que aquellas turbias aguas que invasoras,
por tu mano impulsadas y movidas,
cubrieron á la tierra vengadoras.
Me dijiste una vez: «Sodoma ingrata,
mis preceptos desoye impenitente
y de sus vicios el tropel desata;
hunde en el polvo su soberbia frente.»
Y pronto vió tu cólera infinita
que á mi empuje potente
rodó en escombros la ciudad maldita.
Monumentos, alcázares, jardines
donde el lujo oriental juntó un tesoro,
mesas dispuestas ya para festines,
arcos de jaspe, columnatas de oro,
ocultos camarines

donde arde en vasos elpreciado aroma,
todo cayó hecho trizas:
en lecho de oro se durmió Sodoma
y despertóse en lecho de cenizas.
Siempre que tu poder buscó un castigo,
tu mano justiciera
como su ejecutor contó conmigo;
mas hoy todo cambió: la voz del trueno
ya del mortal el corazón no altera,
ni tiembla el criminal de espanto lleno;
un niño mi zigzag tranquilo mira
de mi antiguo poder con menoscabo;
el que inspiraba horror, desprecio inspira;
el hombre me ha vencido y soy su esclavo.

«¿Tú del mortal soportas las cadenas?
—dijo el Sumo Hacedor de cielo y mundo.»
«Oye, oh Dios, el relato de mis penas
—repuso el rayo, y prosiguió iracundo—:

Cuando surge la nube en cuyo seno
me dan escolta lúgubre y sombría
granizo y lluvia y huracán y trueno,
el hombre, que antes á mi paso huía,
hoy, valiente y sereno,

desde su mismo hogar me desafía.
Con un hierro se burla de mi enojo;
pues si sobre su mísera morada
con ímpetu me arrojo,
cuando pienso que rota y quebrantada
debo dejarla como inútil ruina,
ese hierro fatal me mueve guerra,
me atrae, me subyuga, me domina,
me hace chocar en él, me hunde en la tierra,
y el trueno que me sigue, ronco y seco
y al espacio ensordece,
al rodar repetido por el eco,
carcajada parece
provocativa y recia
conque el hombre me ultraja y me escarnece,
diciéndome en mi faz que me desprecia.

¡Y si fuese esa sola su victoria!
—el Rayo prosiguió—; mas no bastaba
al hombre altivo con tan poca gloria.
Viendo que de la nube me arrancaba
de un hierro con el mágico conjuro,
quiso su mente terca,
ya de su fuerza sobre mí seguro,
á la nube subir, verme de cerca.
Y como quiso fué: subió atrevido,
luchó conmigo, me venció esforzado,

y sujeto á las leyes del vencido
me condujo á la tierra encadenado.

Ya en ella, así me dijo su arrogancia,
que sin piedad de mí se enseñoera:
«Quiero que me suprimas la distancia;
mi palabra, que es luz, que es verbo y vida,
que es el ropaje augusto de la idea,
que es el alma, por ella revestida,
debe volar, soberbia y soberana,
y ser por todo el orbe obedecida.
Llévala tú en tus alas por doquiera,
al huracán que de veloz se ufana,
sonroje y cause envidia tu carrera.»
Y así fué. Sobre montes eminentes,
siempre cubiertos de perenne hielo,
por cuyas anchas faldas y vertientes
rueda el alud, se estrellan los torrentes,
y entre flores se oculta el arroyuelo;
sobre bosques desiertos y sombríos
donde la fiera en su caverna mora,
cruzando selvas y saltando ríos;
sobre la choza á un tiempo y el palacio;
de la tierra señora,
devorando en mis alas el espacio,
pasó la voz del hombre vencedora.
Y le dije al mortal, cuyas ideas

lograron el designio sobrehumano:
«Tu mandato cumplí. ¿Qué más deseas?»

«Quiero un esfuerzo más—dijo el tirano—:
el mundo vale poco y es pequeño
junto á la inmensidad del Oceano;
hazme también de sus abismos dueño.
Quiero que la voz mía,
como cruza la tierra en un instante,
cruce también la soledad sombría,
no sondada jamás, del mar de Atlante;
quiero vencer sus olas y corrientes,
y ver, pues de mi triunfo luce el día,
cómo hablan entre sí los continentes.»
Y la palabra humana, cuyo imperio
por doquier el dominio se asegura,
voló de un hemisferio á otro hemisferio.
Por el lecho recóndito y profundo
de la inmensa llanura
crucé del mundo viejo al nuevo mundo.
Y vi el fondo del mar; vi aquellos prados
de madreporas y algas colosales;
vi sus montes enhiestos y escarpados;
vi del agua los limpios manantiales
brotar por entre grutas cristalinas
sobre bancos de perlas y corales;
vi bosques y llanuras y colinas,

y esparcidos á trechos
sobre ásperos peñascos y arenales,
restos de barcos rotos y deshechos.
¡Dramas que el hondo mar guarda y encierra,
tras combates sangrientos y prolijos,
y á los cuales responden en la tierra
llantos de esposas y lamentos de hijos!
Y le dije al mortal de orgullo lleno:
«El mar sufre tu yugo; su rey eres;
tu voz cruza en mis alas por su seno;
el Rayo te ha servido; ¿qué más quieres?»

«Quiero — dijo un amante —
que endulces el dolor de mi existencia:
ni una letra ni un signo son bastante
para el que llora males de la ausencia.
¡Te ufanas de tu triunfo neciamente!
El Rayo á la distancia habrá vencido
cuando la voz ausente
desde lejos se acerque á nuestro oído.
Haz que oiga el mío, de su voz sediento,
la de la hermosa cuya ausencia lloro;
que escuche su rendido juramento
y su tierno y dulcísimo «Te adoro»;
haz que escuche mi bella
los ardientes suspiros que le envío
y en vano luchan por llegar hasta ella;

y entonces será justa tu arrogancia;
pero hasta que yo logre lo que ansío
subsistirán la ausencia y la distancia.»
Y á su mandato dócil y obediente,
traje al amante, por la ausencia herido,
la voz querida de su amada ausente.
De nuevo el dulce beso,
ya que á sus labios no, llegó á su oído,
y de nuevo escuchó con embeleso
de su acento el reclamo,
que por mis raudas alas conducido
vino de lejos á decirle: «Te amo».
Y al sentir endulzados sus dolores,
dijo el amante loco de ventura:
«De la ausencia he vencido los rigores.»

«¡Ay, no!—dijo una madre—; eso no es cierto:
la ausencia siempre dura;
¿acaso no está ausente mi hijo muerto?
De su perdido amor, que era mi gloria,
¿qué me queda? Una tumba ya cerrada
y un dolor siempre vivo en la memoria.
Haz tú que de su voz idolatrada
oiga el eco que endulza mi agonía;
consérvame su acento;
que yo escuche aquel dulce «Madre mía»,
de que mi corazón está sediento,

y resignada con mi triste suerte,
entonces menos dura y dolorosa,
esperaré tranquila á que la muerte
á unirnos otra vez venga piadosa.»
Y obediente al conjuro
con que supo vencer mi resistencia
el amor maternal ardiente y puro,
de la muerte triunfé cual de la ausencia;
la madre obtuvo su anhelada palma,
la voz del hijo muerto tomó vida
y á repetir volvió: «Madre del alma» (1),
y ella de santo gozo estremecida,
exclamó, dando tregua á sus dolores:
«Ahora sí que la ausencia está vencida.»

Y dije al hombre, de sufrir cansado
de su ominoso yugo los rigores:
«Dame la libertad que me has quitado;
devuélveme á la nube; tu arrogancia
ya triunfó de la tierra y de los mares,
de la ausencia, la muerte y la distancia,

(1) Cuando se escribió esta composición estaba recién inventado el fonógrafo, y los primeros aparatos que se conocieron en España fueron movidos por la electricidad. Hoy se mueven, como es sabido, por otro mecanismo.

y libró de mis iras tus hogares.
¿Qué más quieres de mí? Poco te cuesta
romper el yugo á que me ató tu mano:
¿Qué resta á tu ambición?» «La noche resta
—me contestó implacable mi tirano—.
Tú eres la luz; yo mando en tu destino;
baja ante mí la frente
y alumbra con tus rayos mi camino;
quiero un día que dure eternamente.»
¡Y mi soberbia luz, por Ti creada,
de un vil alambre presa,
á alumbrar al mortal se vió obligada.
¡La luz del rayo, vencedor del día,
un niño, sin temor y sin sorpresa,
un resorte al tocar surgir hacía!
Y alumbré á un tiempo mismo
el palacio y el templo y la cabaña;
bajé á la mina, visité el abismo,
y á la cima trepé de la montaña;
iluminé la orgía licenciosa,
desenfrenada y ciega;
la velada dichosa
que á la familia en el hogar congrega;
extendíme por villas y lugares,
ciudades á la par y caseríos,
y por segunda vez surqué los mares
alumbrando en su ruta á los navíos.

Ante el soberbio trono en que te ostentas
llego, oh, Señor, vencido y humillado
al peso abrumador de mis afrentas.
Tu hijo el Rayo soporta resignado
el yugo del mortal, bajo el cual gime;
rompe la esclavitud en que me miras;
libértame del hombre que me oprime;
devuélveme el poder que siempre tuve;
hazme otra vez ministro de tus iras,
y volviendo á la nube,
desde la cual sobre la tierra impero,
con todo mi furor, que no se doma,
permítame que abraza al mundo entero
como hice á tu mandato con Sodoma.

Calló el Rayo abatido,
y Dios dijo en respuesta de esta suerte:
«Luchaste con el hombre, y te ha vencido.
No te puedes quejar; tú eras más fuerte.
Mas no es su fuerza quien tu fuerza abate;
la inteligencia humana
es la que te ha vencido en el combate,
y ante ella nada puede tu energía,
porque esa inteligencia soberana
la hice yo de un destello de la mía.»

LOS JARDINES DE LA GRANJA

(EL DÍA DE SAN LUIS.)

Á S. A. R. la Infanta D.^a Isabel.

CIERTO Rey afortunado
cuenta la Historia que quiso
vivir del mundo alejado
en un verjel encantado,
remedo del Paraíso.

Y en unas sierras fragosas
dió cita á mirtos y flores,
cascadas, líquenes, rosas,
arroyos y ruiseñores,
céspedes y mariposas.

A la voz regia obedientes,
senda abrieron los breñales,
y en espumosas corrientes
rompió el agua sus cristales
sobre el mármol de las fuentes.

Boscaje, hiedra, jazmines,
bancos, estatuas, jarrones...
¡Pronto en aquellos confines
derramó todos sus dones
el hada de los jardines!

Jamás el bosque sombrío
prestó mas plácida sombra,
ni en las mañanas de estío
recamó más verde alfombra
con sus perlas de rocío.

De las alturas cercanas
bajó el agua en rica mina,
y en espumas soberanas
salió limpia y cristalina
por las fauces de las *Ranas*.

Con argentados fulgores
que á la luz roban el brillo,
por entre ninfas y flores
lanzó luego el *Canastillo*
sus chorros multicolores;

y como altivo condor
que mira al sol frente á frente,
de todos dominador,
subió hasta el cielo, potente
de la *Fama* el surtidor.

Digno fondo á tal portento
prestan los montes vecinos
que, en pausado movimiento,
dejan que ondulen al viento
sus cabelleras de pinos.

Y detrás de la espesura,
de Peñalara el confín
que terso y blanco fulgura,
decir parece al jardín:
«Yo cuido de tu verdura.

¿No ves mi cabeza cana
que la nieve festonea?
De ella tu sustento mana:
mi vejez hace que sea
tu juventud más lozana.

Agua que del cielo llueve
son mis ventiscas furiosas,
mas se trasforman en breve,
y lo que en mi cima es nieve
en tus verjeles son rosas.

Dios de la nube entre el velo
manda sus aguas aquí
para que florezca el suelo:
yo, que estoy cerca del cielo,
las recojo para ti.

Y al descender despeñadas
con estrépito bravío
por barrancos y quebradas,
más que arroyos y cascadas,
son besos que yo te envío.»

Cima y jardín van en pos,
de igual fin y de igual ley,
y á un tiempo cumplen los dos,
la cima, la orden de Dios;
el jardín, la orden del Rey.

II

Es inmemorial costumbre
que en el día de la fiesta
de aquel santo rey de Francia
que la cristiandad venera,
de la Granja los jardines
abran á todos sus puertas
y corran los surtidores
de sus fuentes pintorescas.
Todos los pueblos vecinos
en tal día se despueblan
y millares de personas
andan leguas y más leguas,
ya en el carro rechinante,
que más bien salta que rueda,
ya en el burro que respinga,
ya en la mula que cojea,
ya á pie y hasta sin zapatos,

que hay quien no gusta de suelas.
No hay labriego en los contornos
que no abandone la esteva
y vistiéndose las galas,
que en el viejo arcón encierra,
no corra á la Granja, alegre,
llevando la manta á cuestras,
el placer en el semblante,
en la mano la merienda,
en la bolsa unas *perrillas*
y en los ojos la sorpresa.
Mancebos, hombres, ancianos,
mozas y niñas y viejas,
arrogantes los varones,
y endomingadas las hembras,
con abultados refajos,
medias limpias, sayas nuevas,
pañuelos multicolores,
delantales con cenefa,
y con agujas prendidas
las bien alisadas trenzas.
¿Por qué van tan satisfechos
un año y otro á la fiesta?
¿Es sólo por ver el agua
que del surtidor se eleva?
¿por contemplar los jardines,
ó por lucir sus preseas?...

¡Ah! no; que es otro el motivo
que hacia la Granja les lleva,
y que hace que el que va un año
si vive cien los cien vuelva.
Es que allí encuentran cariño
cuando al Palacio se acercan
y con sus callosas manos
otras augustas estrechan;
es que allí tienen *su amiga*,
la que al llegar les espera,
y les conoce, y les habla,
y les sigue y les obsequia;
es que gozan cuando escuchan
que de sus nombres se acuerda,
y les habla de sus padres,
de sus pueblos, de su hacienda,
del hijo reciennacido,
del mozo que fué á la guerra,
de cuanto en sus pobres vidas
dicha ó dolor representa;
y el humilde... (también tiene
sus derroches la pobreza)
da, á veces, á una palabra
más valor que á mil monedas;
es que ese día sus cuerpos
no inclinan sobre la tierra
ni sienten el doble yugo

del trabajo y la obediencia;
son libres; sus frases rudas
cruzan con otras egregias,
y como con sus iguales
hablan con una princesa,
que al verse entre ellos sonrío
y se siente satisfecha...
Hace bien: sabe que nunca
es más grande la realeza
que cuando baja del trono
y á los humildes se acerca;
que mientras se está más alto
inclinarse más es fuerza;
que Dios, con ser Dios, un día,
para sellar su grandeza,
bajó desde las alturas
á padecer á la Tierra...
Y ángel de cabellos blancos
de los pobres se rodea
y mitiga sus dolores...
¡No guarda el mar tantas perlas
como lágrimas enjuga
su mano piadosa y buena!
Así cuando los labriegos,
pasada la alegre fiesta,
se vuelven á los terruños
que sus labores esperan,

al decir «¡Viva la Infantil!»
con voz de cariño llena
quisieran tener mil vidas
y darlas todas por ella.

EL COLLAR DE PERLAS

(ORIENTAL)

PENSANDO que algún día pudieses poseerlas
cubriendo en dobles hilos tu pecho de azahar,
los mares de mi patria cuajaron esas perlas
que el iris y tu llanto semejan á la par.

Bien sé que á ser vencidas, sin duda, las condeno;
pero ellas solamente culpables son al fin:
que aprendan á ser blancas mirándose en tu seno,
que copie la blancura la perla del jazmín.

Mi don, sultana hermosa, no mires con enojos:
mejores que esas perlas no nacen en el mar;
tan sólo las que cuajan las penas en tus ojos
formarte lograrían más nítido collar.

El mío en tu garganta fulgor tendrá más bello;
de Oriente con mis naves lo traje para ti.
Mi boca no merece besar tu blanco cuello:
suplidme, perlas mías, besándolo por mí.

LA CONFESIÓN

EN un valle sombrío,
oculto entre asperísimas montañas,
levántase un humilde caserío,
á cuyos pies juncuales y espadañas
remanso ofrecen al caudal de un río.
Fuente el río al nacer, se hace arroyuelo;
retrata sosegado
su verde margen y el azul del cielo;
acrécele el deshielo;
entúrbiase, camina acelerado,
y si la presa su carrera ataja,
detiénese impaciente, fuerzas suma,
el dique rompe y rebramando baja
deshecho en trenzas de hervidora espuma.
Así, en término breve
el arroyo, nacido hebra de plata,
á romper todo obstáculo se atreve
hecho río, torrente y catarata.

De los montes que cierran el paisaje
es tanta y tan espesa la verdura
que, al agitarla el vendaval, figura
inmenso cortinaje
que baja suspendido de la altura.
¡Cuántas bellezas en aquel retiro!
La aurora pinta de carmín y gualda
un cielo de zafiro;
aquí la cima azul; allí la falda
del humilde collado
vestida por el césped de esmeralda,
y el trigal espigado
que el aura riza en apacibles olas,
á trechos esmaltado
de frescas y encendidas amapolas.

Junto al río, del huerto los bancales,
y en ellos el verdor y los aromas
de espesos naranjales
y las granadas y odorantes pomas.
Allí chopos altivos,
y en hileras bajando por las lomas,
entre frondosas cepas, los olivos.
Allí el añoso pino corpulento
á cuya sombra el labrador sesteá
blandamente arrullado por el viento

que al poner la alta copa en movimiento
finge el sordo rumor de la marea.

El pecho acongojado
no respira el ambiente envenenado
que en la ciudad destruye las entrañas,
sino vientos salubres que en su huída
por valles florecidos y montañas
van recogiendo gérmenes de vida.
Y libre el alma allí de la tortura
que el mundo con la envidia y el recelo
y la ambición y el odio le procura,
no se arrastra cual sierpe por el suelo:
se remonta cual águila á la altura.

En hábito severo
envuelto el cuerpo que al amor provoca,
y el semblante hechicero
semivelado por la avara toca,
una monja de veinte primaveras
mira al borde del río embebecida
pasar las ondas en veloz corrida,
semejando en lo breves y ligeras
esperanzas y sueños de la vida.
Al respirar ansiosa su alto pecho

vivamente se eleva y se deprime
como si hallase estrecho
el hábito monjil que lo comprime.

Palma es su talle, que gentil se mece;
y la miel de los frutos del estío
puso el cielo en su boca, que parece
rojo clavel que humedeció el rocío.
Robó para su tez á las montañas
lirios y rosas de encendido broche,
y hay tal luz en sus ojos—á porfía
velados por el llanto y las pestañas—,
que sorprende al que ante ellos se extasía
cómo siendo más negros que la noche
logran vencer en claridad al día.

—¿Estáis mejor, hermana?
—preguntóle una anciana
que á su lado mirándola, sufría;
y exhalando un suspiro
ella le contestó:—No, madre mía;
cada vez sufró más cuando respiro.
Todos me dicen que mi mal no es nada,
que lo sufra y espere...
¡esperar!.., ¡esperar!.. Ay, madre amada,
no le habléis de esperanzas al que muere.

Miro á veces en torno y nada veo;
fijo en los cielos la mirada terca,
y me parece oír el aleteo
del ángel de la muerte que se acerca.
Y al bajar á esta rambla florecida,
no sé por qué me creo que á medida
que las ásperas crestas de los montes
acortándome van los horizontes
¡ay! se acortan también los de mi vida.
—Poned en Dios, hermana, vuestro anhelo
y estar podéis de vuestro bien segura
—dijo la anciana por calmar su duelo—.
—Ya sé que sólo allí mi mal se cura
—la monja respondió mirando al cielo—.

Poco tiempo después, un triste día
de la triste estación que al campo yerma,
un venerable sacerdote oía
en confesión á una infeliz enferma
que de un mal ignorado se moría.
Aunque apenas la mísera alentaba,
sus culpas quiso confesar de hinojos,
y al sacerdote con afán miraba
consumiendo en el fuego de sus ojos
el aliento vital que le restaba.
Y trémula decía de esta suerte,

asiendo al sacerdote de una mano,
cual si en aquel anciano
buscase protección contra la muerte:

—Padre: dejad que ayude á mi memoria,
rebelde cual mi llanto;
oid toda mi historia
y bendecidme, si merezco tanto.
Cuando mi madre, con piadoso intento,
en este asilo santo
me recluyó por siempre, dormitaba
en la inocencia aún mi pensamiento,
que á volar no alcanzaba
más allá de las tapias del convento.
Amargando mis sueños de inocencia
tuve aquí, sin ventura,
por juegos de niñez, la penitencia,
por expansión del alma, la clausura;
y oyendo decir siempre que era el mundo
inmenso mar de luchas y de horrores
y en su abismo profundo
imperdonable crimen los amores,
con mi temor y mi conciencia á solas
creí lo que decían,
pero pensando que del mar las olas
jamás hasta mi celda llegarían.

Y llegaron con ímpetu violento,
porque Dios, padre mío,
puso en el corazón el sentimiento
como puso en las flores el rocío.
¿Quién ¡ay! de las pasiones se liberta
y resiste á su fuerza vencedora?
La ardiente juventud nos acalora,
y en nuestros pechos el amor despierta
como el ave en el nido con la aurora.
Así sucedió en mí. Letal beleño
mantenía mi alma adormecida;
mas despertó de su profundo sueño;
halló horizontes nuevos en la vida;
sintió congojas, sobresaltos, penas,
venturas y placeres ignorados;
en fantasías de quimeras llenas
absorbió los sentidos deslumbrados,
y al querer dar empleo
á la extraña ternura que sentía,
avivó con el soplo del deseo
el amor que en sus llamas la encendía.

Entonces, por mi mal, conocí á un hombre;
le amé como una loca...
su nombre no diré: nadie su nombre,
ni él mismo, escuchó nunca de mi boca;

pero, en silencio y falta de reposo,
llegué á amarle con tal idolatría,
que hallaba venturoso
el hondo mal que por su amor sufría.
En él absortos siempre mis sentidos
ahogaban mi conciencia y mis enojos,
su voz siempre vibrando en mis oídos,
sus ojos siempre fijos en mis ojos,
y tanto la pasión me dominaba
—¡aún me horroriza, padre, mi pecado!—
que, por haberle dicho que le amaba,
alma y vida, hasta el cielo, hubiera dado.
Lo grande de mi culpa no os asombre:
cuanto más en no amarle me empeñaba,
más crecía mi amor hacia aquel hombre;
amor tan fuerte, pertinaz y fijo,
que al ponerme de hinojos
para orar ante el Santo Crucifijo,
de Jesús el semblante lacerado
íbame convirtiendo ante mis ojos
lentamente en el rostro de mi amado...
De Jesucristo, esposa fementida,
no en su justicia, en su clemencia espero:
luché contra el amor, y fuí vencida:
mirad si habré luchado que me muero.—

Presas su mente ya del extravío,
quiso hablar y no pudo, cayó inerte,

alzó al Cielo los ojos, sintió frío,
y exclamando: «¡Piedad, piedad, Dios mío!»
durmióse en el regazo de la muerte.

Y halló el día, que á poco despertaba,
llenando á la Creación de regocijo,
á la muerta abrazada á un crucifijo
y al sacerdote que á sus pies oraba.

LA REINA DE LA FIESTA

(EN UNOS JUEGOS FLORALES)

REINA, sí: siempre Reina, como aquel día.
Aún luces tu envidiada regia corona
y dura tu adorable soberanía.
Reinaste por las gracias y la Poesía,
y á quien reina por eso, ¿quién la destrona?

La admiración y el culto de un pueblo entero
me mandaron rendirte pleito homenaje,
que al solio que ocupabas subió el primero;
¡y qué hermoso resulta ser mensajero
cuando hasta ti se llega con el mensajel

¡Qué hermoso á tus hechizos cantar loores,
y tenerte por musa, por compañera!
¡Bien hayan los momentos embriagadores
en que, tibia y radiante, pródiga en flores,
pasó junto á mi otoño tu primavera!

Añoranza de amores y bizarrías,
que con alas de sueño las almas roza,
me hizo evocar lejanos dichosos días,
y ante el trono en que alegre resplandecías
sentí quemar mis venas la sangre moza.

¡Cuánto echaba de menos de ti delante,
para ser dignamente tu caballero,
la cota milanesa reverberante,
el blanco airón de plumas suelto y flotante,
y la malla bruñida y el largo acero!

¡La multitud, gritando sobre la grada!
¡La arena del palenque, que al sol fulgura!..
Y buscando la gloria de la jornada,
ir con la banda al pecho, por ti bordada,
á romper una lanza por tu hermosura.

O en brillantes torneos de trovadores,
entre acordadas rimas y cantos bellos,
proclamarte la Reina de los amores,
y para hacerme digno de tus favores,
con la estrofa por lanza, luchar con ellos.

Llevado por mi alegre quimera grata
me miraba de un foso junto al rastrillo
de la luna al templado rayo de plata,
como si fuera á darte mi serenata
al pie de las almenas de tu castillo.

Cuánto más admirables que las del día
eran de aquellos tiempos las melopeas,
en que la generosa virgen Poesía,
cual pájaro sin nido, libre corría
por montes y ciudades, valles y aldeas.

Y mandolina al hombro, pobre y sin calma,
iba el enamorado bardo errabundo
persiguiendo la gloria por toda palma,
la canción en los labios, la fe en el alma,
el amor por bandera, por patria el mundo.

Mientras duró el alegre clásico juego
en honor de los timbres y la nobleza
del pobre Don Quijote, de amores ciego,
la dama incomparable del gran manchego
encarnaba á mis ojos en tu belleza.

Y eras tú Dulcinea, la gran señora
de aliento perfumado más que la brisa,
de alcázares é imperios dominadora,
la que aljófár y perlas vierte si llora,
y en holandas se envuelve, y en flores pisa;

la encarnación eterna del bien querido;
la ilusión á que el alma nunca resiste;
Friné, Ninón, Ofelia, Virginia, Dido...
lo que fuera del sueño nunca ha existido,
y acaso es tan hermoso porque no existe.

.

Ya del pasado ensueño no queda nada,
roto el cristal brillante de la quimera;
pero llevo en el pecho siempre grabada
la memoria de aquella breve jornada
que hizo junto á mi otoño tu primavera.

FRASE HISTÓRICA

(SONETO)

SUFRES?—viendo su cuerpo ensangrentado,
una voz preguntó grave y severa.
Como si á la pregunta no atendiera
— ¿Nuestro Rey se salvó? — dijo el soldado.
— Salió ileso del bárbaro atentado —
volvióle á contestar la voz primera:
— Pues entonces, ¿qué importa que yo muera?
— dijo el héroe, cayendo desplomado...
Mientras que frase tal, ruda y sencilla,
para que corra en palmas por el mundo
se pronuncie en la lengua de Castilla,
el desaliento destructor se engaña:
no es nuestro pueblo un pueblo moribundo:
aún queda redención... ¡aún vive Español...

31 de Mayo de 1906.

EL POEMA DEL HIERRO

EL HORNO

AVIVAD mis rojas llamas de pureza diamantina;
rellenadme hasta la boca de pedruscos y carbón;
dadme hierro, mucho hierro... ¡cuanto salga de la mina!
Sed de hierro abrasadora siente ya mi combustión.

De mi fuego sale todo... Su penacho que flamea,
da la fuerza á cuanto existe; dió la vida á cuanto fué:
él transforma y purifica, limpia y rompe, funde y crea...
A quien sepa alimentarlo cuanto pida le daré.

¿Qué queréis?.. ¿Que nazcan flores? ¿Que haya sombra en el
¿Que den trigo los trigales y manzanas el pomar?.. [collado?
Pues pedídselo á mi fuego, que hace el hierro del arado;
él prepara la cosecha fecundando al desgarrar.

Si al tender la carretera sobre setos y marañas
su camino de repente corta el río bullidor,
en el ígneo torbellino que se funde en mis entrañas
hierva el puente que se eleva de las aguas vencedor.

¿Queréis fuerza que os arrastre formidable y triunfadora
por los mares y los montes, con resuellos de titán?..
Echad hierro por mis fauces... La veloz locomotora
y las hélices potentes de mi seno surgirán.

Cuando el odio quiere lucha, yo le templo las espadas;
cuando buscan los amantes del coloquio la embriaguez,
yo les forjo aquellas rejas de jazmines coronadas
donde gozan dulces horas de infinita placidez.

De mí sale la rodela, la veleta de la torre;
sale el lecho de la virgen y la azada y el cañón;
los alambres donde viva la palabra humana corre,
la varilla con que al rayo reta el hombre en su mansión.

Soy venero de riqueza, soy espléndido tesoro;
la materia se transforma por la fuerza que arde en mí;
la recibo sucia y negra; la devuelvo como el oro,
porque va purificada por mi beso de rubí...

Avivad mis rojas llamas de pureza diamantina;
rellenadme hasta la boca de pedruscos y carbón;
dadme hierro, mucho hierro..., ¡cuanto salga de la mina!
Sed de hierro abrasadora siente ya mi combustión.

LA MINA

¿Qué haces tú sino ufanarte de un poder que yo te entrego?..
Yo soy fuerza y soy prodigio; tú eres sólo vanidad.
De mis húmedas entrañas sale el oro de tu fuego,
y en lo negro de mi sombra se engendró tu claridad.

Lo soberbio de tu hoguera, los fulgores que derramas,
no son tuyos, son robados; es la luz que oculto yo.
¿Quién sostiene y alimenta los penachos de tus llamas,
sino el mísero pedrusco que la mina te entregó?..

Al fundirme con tu abrazo, me transformas solamente;
mas no alteras mi substancia por vaciarla en el troquel:
tú eres sólo fuego vano; yo soy máquina y soy puente,
soy arado y columnata, casco y hélice y bajel.

Tú te enseñas ostentoso; yo callada me soterro.
¿Qué es el horno sin la mina? ¿Qué es el pecho sin pulmón?..
Por tus fauces sale el humo, por mi boca sale el hierro,
que es el eje de la Tierra, que es el rey de la Creación.

¿Que soy negra?.. Por las sombras mi grandeza está escondida.
Penetrando en mis negruras se hallan luz, fuerza, poder.
Soy el seno de la madre, fuente oculta de la vida,
que padece por fecundo, que se rasga al dar el ser.

No te ufanes neciamente del poder que yo te entrego;
yo soy fuerza y soy prodigio; tú eres sólo vanidad.
De mis húmedas entrañas sale el oro de tu fuego,
y en lo negro de mi sombra se engendró tu claridad.

EL HOMBRE

Parad mientes, insensatos, que el delirio os alucina;
que sois grandes os parece por la fuerza que yo os di.
Donde está la inteligencia, ¿qué es el horno y qué es la mina?..
Más que el hierro puede el hombre; no hay grandeza sino en mí.

Si la tierra abrió su seno descubriendo su tesoro,
es que yo rompí la roca y entré en ella triunfador.
Si ardió el horno fulgurante que al pedrusco trueca en oro,
es que el fuego me obedece como el siervo á su señor.

Horno y mina, todo brota de una chispa de mi mente,
que esa chispa es la que sabe los enigmas descubrir,
la que horada las montañas, la que funde el hierro hirviente,
la que al mundo hace mi esclavo, la que alumbra el porvenir...

Junto á mí, ¿qué son motores, ni rodillos ni correas?
¿Qué eres, horno, que te ufanas porque yo te dejo arder?
Tus entrañas funden rocas, mi cerebro funde ideas;
de tus fauces sale el hierro, de mi mente tu poder.

Para mí son las delicias de tus rejas encantadas;
para mí, que utilizando de la idea el talismán,
de tu acero saco puentes, torres, hélices y espadas;
para mí, que del arado saco sombra y vino y pan.

Soy tu dueño. Reconoce que el delirio te alucina.
Por ti mismo nada vales; cuanto tienes te lo di.
Donde está la inteligencia, ¿qué es el horno, y qué es la mina?..
Más que el hierro puede el hombre; no hay grandeza sino en mí.

EL POETA

¡Vanidad de vanidades!.. ¡Con cuán poco te contentas,
oh mortal siempre vencido que te juzgas vencedor!
Tras los vanos oropeles de los triunfos que aparentas,
¿qué se oculta sino el llanto, la miseria y el dolor?..

Ese hierro que doquiera te hace grande y te hace fuerte,
¿te lo entrega generosa de la tierra la piedad,
ó lo arrancas de la mina, disputándolo á la muerte,
en la noche interminable de su eterna obscuridad?

Cuando surge sobre el horno de la llama la opulencia,
tú imaginas dominarla, tú te juzgas su señor,
y no piensas que ese fuego va minando tu existencia,
que te abrasa y te consume con su aliento destructor.

Cuando el tren cruza silbando, con fantástica carrera,
sobre el puente gigantesco que trepida sin ceder,
¿no recuerdas con angustia los fulgores de la hoguera,
las negruras de la mina, los trabajos del taller?.

¿Llamas triunfo á las jornadas por el humo ennegrecidas,
sin sonrisas ni descanso, sin amor ni claridad?
¡Ay del triunfo que se compra con sudores y con vidas,
que se alcanza entre gemidos de viudez y de orfandad!

Yo no admiro la grandeza de la máquina ni el puente;
yo maldigo las espadas, la piqueta y el cañón.
De los hierros que del horno sacas pródigo y valiente,
sólo un clavo, un pobre clavo, me produce admiración.

Aquel clavo, santo emblema de ternura y de cariño,
que un amor, todo poesía, todo encanto, todo luz,
colocó sobre mi lecho con su mano, cuando niño,
para atar con blanca cinta por los brazos á una cruz.

¡Cuántas veces para el alma lo pequeño es lo sublime!
Ese clavo es en mi vida lo más dulce, lo mejor;
por él sé que el que padece, padeciendo se redime;
por él creo en la grandeza y en el triunfo del dolor.

MI AMIGO

Á FABIO

SÉ que á envidiarme te obligo,
y, ¡por Dios, que lo deploro!
pero es verdad y lo digo:
Fabio, yo tengo un tesoro,
es decir, ¡tengo un amigo!

No amigo sólo de nombre,
sino fiel, noble, sincero,
te lo juro; no te asombre;
un amigo verdadero...
claro está que no es un hombre.

He dado mi corazón,
procediendo como sabio,
á quien me agradece el don;
los perros no hacen traición...
¡Mi amigo es un perro, Fabio.

Es horrible... No hay idea
de cara más arrugada,
ni más chata, ni más fea...
Pero mira, y lo hermosea
lo franco de su mirada.

Parece que dice: «En mí
sólo hay afectos leales;
nunca al que quise vendí...»
Son pocos los racionales
que saben mirar así.

Piensa el hombre con error
que, de la obra por Dios hecha,
él, sin duda, es lo mejor.
¡Vanidoso!.. No sospecha
que el perro es muy superior.

Este mío es un portento;
nunca á mi voz se resiste;
me sigue en todo momento,
alegre, si estoy contento,
cabizbajo, si estoy triste.

¿Verdad que es de agradecer
lo que hace el pobre conmigo?
Salvando el buen parecer,
el hombre siente placer
cuando ve triste á un amigo.

¿Y entenderme?... Sus extremos
no hay palabras con que alabes;
con mirarnos ya sabemos
nuestro sentir... ¡Tú no sabes
lo bien que nos entendemos!

No puede hablarme, es verdad;
pero eso mismo es en él
la más bella cualidad:
creo en su fidelidad
porque no dice que es fiel.

¿Quién al hablar no ha mentido?..

Una frase á veces labra
ruina, muerte, llanto, olvido...
Yo considero el ladrido
más noble que la palabra.

Sirve ésta para engañar;
aquél, de engaños no entiende;
por contraste singular,
el hombre ataca al hablar,
y el perro al ladrar defiende.

No siente el mío la envidia
y ni aun conoce de nombre
la ficción ó la perfidia;
solamente me fastidia
cuando se parece al hombre.

Cuando por algún desmán
le golpeo con dureza
y lo sufre el pobre can...
¡es que se acuerda del pan
y se calla por bajeza!..

Y eso es vil, aunque en su estado
lo hagan egregios varones
que acaso á serlo han llegado
comiendo un pan amasado
con golpes y humillaciones.

Yo quisiera, al verlo herido,
que con rabia manifiesta
me mordiese enfurecido...
Sólo el que infame ha nacido
siente el golpe y no protesta.

Pero, salvo este baldón
—de andar con hombres resabio:
por tal merece perdón—,
aún vale mi perro, Fabio,
más que el rey de la Creación.

Supón que yo me muriera
(gracias á Dios estoy fuerte
y no lo haré; ¡bueno fueral!);
pero, en fin, si esto ocurriera,
¿quién lloraría mi muerte?..

Muchos amigos quizás,
sin sentir calor ni frío,
dirían: «¡Por fin te vas!..»
El no... ¿Verdad, perro mío,
que tú sí me llorarás?..»

TESTAMENTO

Ay, madre del alma; no llores; sé fuerte.
En vano me animas; se acerca la muerte;
la siento llegar.

¿No ves extinguirse del sol á lo lejos
los vivos reflejos?

Mi vida y sus rayos se extinguen al par.

¡Cuán pronto mi rostro perdió su frescura!
¿Qué fué, madre mía, de aquella hermosura,
tu encanto de ayer?

¡Fugaz mariposa de espléndidas galas,
abrí al sol las alas
y hallé, como todas, la muerte al nacer!

Se funden las nieves; Abril se avecina;
bien pronto la dulce gentil golondrina
que amé con pasión,

cual todos los años vendrá á hacer su nido,
su hogar escondido,
que adorna y alegra mi claro balcón.

¡Lo pienso con pena! La pobre, mañana,
buscándome, acaso, vendrá á mi ventana
y no me hallará.

¡Y cuánto me amaba! Mi voz conocía.

Cual tú, madre mía,
quizás al no hallarme también llorará.

Que nunca al jilguero le falte su grano:
yo siempre lo echaba con pródiga mano
del nido en redor;
así su tristeza tendrá lenitivo:
que piense que aún vivo
y que aún, como siempre, lo cuida mi amor.

¿Y el árbol del huerto? ¿Regarlo me ofreces?
¡Su plácida sombra cubrió tantas veces
mis siestas allí!..

Tal vez cuando busques el próximo estío
su albergue sombrío
te duermas y sueñes que estoy junto á tí.

Que cuides te encargo tú misma mis flores;
ayer mil capullos de vivos colores
 abrirse miré.
Mañana habrá rosas; ya á haberlas empieza:
 orlar mi cabeza
en frescas guirnaldas con ellas pensé.

Ay, madre del alma; decírtelo quiero:
la que abra de todas sus hojas primero,
 para *él*, para Juan...
¡Que siempre la guarde mi dueño querido;
 se la he prometido
y sé que la espera con íntimo afán!

No mires con celos la flor que le llevas:
su amor necesita de halagos y pruebas;
 tu amor, ¿para qué?
En cambio en tu afecto mudanza no cabe,
 y él, madre... ¡quién sabe!
quizás pondrá en otra su amor y su fe.

Si así sucediera, si rompe estos lazos,
si de otro cariño se arroja en los brazos,
 que sufras ó no,

procura que encuentre mujer noble y bella,
sé buena con ella,
y dile que le ame lo mismo que yo.

Adiós, madre mía; mi vida se acaba;
el traje de boda que yo preparaba
para ir al altar,
que cubra mi cuerpo del alma privado;
ya lo he terminado
y en vida ó en muerte lo quiero estrenar.

.
.
.

Y vino de Mayo la pompa galana
y un ave, temblando, llamó á una ventana
que nunca se abrió:
los pobres rosales perdieron sus rosas,
aún frescas y hermosas,
y el árbol del huerto marchito murió.

LA PAZ DE LA ALDEA

(INSPIRADA EN FRAY LUIS DE LEÓN)

FELIZ quien se recrea,
lejos del mundo y de su goce vano,
en la paz de la aldea;
quien bebe el aire sano
que no envenena el soplo cortesano!

Es imagen mi vida
del líquido cristal de ese arroyuelo,
nieve ayer, hoy fundida:
ambos corren sin duelo
entre flores y libres bajo el cielo.

Mi dicha es al presente
ver que nadie me sigue ni me nombra;
y al lado de una fuente,
del césped en la alfombra,
buscar un árbol que me dé su sombra.

Ir del huerto cercano
por la senda entre zarzas escondida,
hasta el peral lozano,
cuya rama vencida
al hurto sabrosísimo convida.

Mi traje es campesino,
de cal es mi pared, tosco mi techo,
mi ajuar de blanco pino,
pero por ser estrecho
huye el pálido insomnio de mi lecho.

La bienhechora calma
del sueño, por visiones no turbado,
la da la paz del alma,
no el lecho de brocado
bajo dosel de rico artesonado.

Cerrado está mi oído
al mundanal rumor duro y violento;
no quiero otro ruido
que el dulce y soñoliento
de las hojas mecidas por el viento.

La canción acordada
de algún zagal amante que se apresta
á la trilla cansada,
me acompaña en la siesta,
filtrándose á través de la floresta.

El murmullo del río,
frescura al par me brinda que concierto
en las noches de estío.
Mi ventana da al huerto,
y oyendo ruiseñores me despierto.

Cuando la sed me acosa,
me da la arisca cabra allá en la altura
tibia leche espumosa:
vaso de plata pura
el cuenco del pastor se me figura.

En el feraz collado
donde el trigo despliega su tesoro
con el maizal mezclado,
mueve el viento sonoro
rubias espigas y mazorcas de oro.

Por las verdes laderas
con los carros de mies van los zagales
camino de las eras;
y en huertas y bancales
pródigos dan sus frutos los frutales.

Cuanto á la vista mía
del abierto horizonte en la distancia
sorprende ó extasía,
todo es luz y fragancia,
todo es salud, ventura y abundancia.

Naturaleza hermosa,
consuelo fiel del corazón doliente
que en tu seno reposa,
madre tierna y clemente,
tú sola eres leal..., ¡tu amor no miente!

Quien busca su dulzura,
encuentra siempre, cuando á ti se entrega,
bálsamo á su amargura:
la luz del sol que ciega
es para todos, porque á todos llega.

No admite distinciones,
ni separó jamás al andrajoso
del que ostenta blasones:
no da su fuego hermoso
un rayo más que al triste al venturoso.

El agua de la fuente,
del rico y del humilde á quien agrada,
la sed calma igualmente:
sólo es más regalada
para quien hizo á pie mayor jornada.

Y este aire perfumado
que embalsama en las sierras el helecho,
del mendigo cansado,
del grande satisfecho,
de todos llega confortante al pecho.

Naturaleza santa
que al privilegio la igualdad prefieres,
todo tu gloria canta;
madre de todos eres,
y á todos por igual cuidas y quieres.

¡Feliz quien se recrea
sobre tu seno amante y soberano
en la paz de la aldea,
lejos del mundo vano
y lejos del bullicio cortesano!

LUIS XVII

(TRADUCCIÓN DE VICTOR HUGO)

Capet, éveille-toi.

I

ABRIÓSE de la gloria la doble puerta de oro;
oyóse de los justos el dulce y santo coro;
del velo que á Dios cubre rasgóse el denso tul,
y vieron cuantos gozan la pura eterna palma,
llevada por un ángel, llegar volando un alma
al pórtico estrellado del cielo siempre azul.

¿Quién era? Un pobre niño, lloroso y demacrado,
de rubio y abundante cabello ensortijado,
herido por la saña de un déspota cruel:
tomándolo en sus brazos las vírgenes del cielo,
juntaron en la frente del triste pequeñuelo
del ángel la corona, del mártir el laurel.

II

Y oyéronse cien voces decir entre áureas nubes:
«Ven, alma, do te esperan millares de querubes;
Dios premia tus tormentos, que al fin van á cesar.
Resuenen armoniosos las arpas y los cantos:
profetas, serafines, arcángeles y santos,
fué rey sobre la tierra: venidle á saludar.»

«¿Yo rey sobre la tierra? ¿Yo rey?—repuso el niño—;
Jamás ceñí corona, vistiéndome de armiño;
Yo soy un prisionero; monarca nunca fuí.
Mi padre ante el verdugo cayó sobre un tablado;
mi madre el cielo habita: mil veces lo he soñado:
por eso, pobre huérfano, tras ella vengo aquí.»

Las voces replicaron: «Por fin, Dios ha querido
librar tu joven alma de un mundo corrompido
que cierra á todas horas sus ojos á la luz;
de un modo regicida que, á espalda de las leyes,
persigue hasta en las tumbas los huesos de los reyes,
y luego las profana quitándoles la cruz.»

«¿No sueño?—dijo el niño—. ¿Rompió Dios mi cadena?
¿Me miro, al cabo, libre de mi áspera condena?
¿Sufrí todos los males que tengo que sufrir?
¿No estoy en una torre? ¿No vivo prisionero?
¿No rompe el dulce encanto la voz del carcelero?
¿Por fin logro la dicha suprema de morir?»

»¡Qué triste mi existencia, qué triste transcurría!
Llamaba... ¡y á mis voces mi madre no acudía!
Lloraba, y á ninguno lograba enternecer.
¡Cuán dura, cuán penosa, mi vida se arrastraba!
Proscrito desde niño, mi crimen no acertaba...
¿Qué crimen en la cuna se puede cometer?»

»Yo tengo, sin embargo, bien clara la memoria
de un tiempo, ya distante, de triunfos y de gloria;
de un pueblo que mi sueño veló noble y leal.
Después... después en odio trocóse su cariño...
¡Ay, sí! todos me odiaban... Yo no era más que un niño.
¿Por qué me aborrecían? ¿A quién pude hacer mal?»

»Vosotros solamente mis males inhumanos,
¡oh arcángeles del cielo, dulcísimos hermanos!
calmabais cuando, á solas, os vía en derredor...

Mis bárbaros verdugos acaso estaban ciegos...
¡Señor, no seas sordo cual ellos á mis ruegos!
Perdón para ellos pido... ¡Perdónalos, Señor!»

Las voces exclamaron: «¡Oh mártir inocente,
con esta blanca estrella ceñir podrás tu frente;
aquí tienes tus alas, que Dios mandó traer!...
Iremos todos juntos al rayo de la luna,
los niños visitando que duermen en la cuna,
y luego, en las esferas, los astros á encender.»

III

De pronto enmudecieron arcángeles y santos;
las vírgenes y coros cesaron en sus cantos;
del niño en las pupilas el llanto se secó;
la luz brotó doquiera con rauda poderío;
los mundos detuvieron su marcha en el vacío,
y así, desde su trono, la voz de Dios habló:

«Oh Rey, no fué tu vida del goce nunca hermana,
por más que te mecieran en cuna soberana;
bendice tus dolores, que á darte el premio van.

El trono es pesadumbre que el justo no ambiciona;
tu frente hermosa y pura no ha herido la corona;
heridos por los hierros tus brazos sólo están.

»No sientan tus afanes, tus cuitas y tus penas:
aún más que tu corona te ilustran tus cadenas;
más vale un calabozo que un solio de tisú.
Yo mismo de la angustia las heces he apurado,
y mi hijo, Rey de reyes, de espinas coronado,
salvando al universo, fué mártir como tú.»

CON MOTIVO DEL INCENDIO
DE UNA MINA

OCULTANDO la ancha veta
del codiciado filón
guardan el negro carbón
las entrañas del planeta.
Llega hasta allí la piqueta
que horada, vence y domina,
y el pedrusco de la mina
que el hierro á romper se atreve,
se trueca en fuerza que mueve
y en claridad que ilumina.

Del hombre bajo la mano
que aumenta su poderío,
es impulso en el navío
cuando surca el Oceano;

es el poder soberano
que hace moverse al telar;
fuerza que arrastra al rodar
salvando abismos y cerros;
calor que funde los hierros,
y luz que alumbra el hogar.

Doquier que la industria crea,
allí el carbón hace llama
y su existencia proclama
cuando respira y humea.
La arrogante chimenea
—pulmón de un titán inmenso—
dice con el humo denso:
«Soy el trabajo, el deber;
este es mi altar, el taller;
mirad el humo, es mi incienso.»

La lumbre que nos calienta
junto al hogar en que prende;
la casa que nos defiende,
y hasta el pan que nos sustenta,
todo por el fuego alienta
ó sufre transformación:

él lleva á nuestra mansión
aire tibio y luz divina.
¡Todo nace de la mina!
¡Todo arranca del carbón!

Mas, la roca que lo encierra,
cual defensor esforzado,
no entrega el botín ansiado
sino tras sañuda guerra.
En los senos de la tierra
un contrario al otro embiste;
y en el antro estrecho y triste
luchan con dura pujanza
el férreo pico que avanza
y la roca que resiste.

En esas luchas reñidas,
sin luz, sin aire y sin gloria,
cuesta á veces la victoria
mucho sangre y muchas vidas.
Huestes tercas y aguerridas
sufren por la Humanidad,
y ni aplauso ni piedad
logra su esfuerzo fecundo:

ellas, que dan luz al mundo,
mueren en la obscuridad.

Los que vivís en la altura
que la dicha galardona,
¿qué hacéis del que os proporciona
pan, calor, lujo, ventura?
De la mina la negrura
está á los goces unida:
es el punto de partida
del gran humano concierto...
¡Piedad para los que han muerto
por alegrar vuestra vida!

BIENVENIDA

Á LA REINA VICTORIA

SEÑORA, en estas hojas la musa castellana
os rinde pleitesía y os viene á saludar:
por Reina y por hermosa dos veces Soberana,
la tierra de las flores ya os tiene por hermana,
la vieja España os abre su histórico solar.

Nacisteis entre brumas y acaso hayáis soñado
con cielos luminosos de espléndido arrebol,
con verdes naranjales de ambiente perfumado...
¡Ayer quimera hermosa y hoy sueño realizado!
Ya España es vuestra Patria: su sol es vuestro sol.

¡El sol de los poetas, de helénicos fulgores,
incendio aprisionado por marco de zafir,
que es mieles en los frutos y aromas en las flores,
el sol que enciende y sacia la sed de los amores,
el sol que hace más honda la dicha de vivir!

Amor es contagioso, y hoy tiene España entera
por suyo el regio idilio feliz y embriagador.
¡Venid á un pueblo hidalgo que os ama y os espera,
paloma de otros valles, de bienes mensajera,
que trajo á nuestras costas el viento del amor!

Venid, y á vuestro influjo la Patria adormecida
despierte, recobrando la fuerza y la salud;
traed á vuestra España, que os busca por egida,
alientos generosos y ráfagas de vida,
calor de sangre nueva, vigor de juventud.

No ha muerto nuestra raza, no ha muerto el pueblo ibero.
¿Qué importa que cayera cansado de luchar?
Los golpes que recibe son timbres del guerrero:
atleta vigoroso, de músculos de acero,
después de haber caído se vuelve á levantar.

España no es la piedra que arrastra la corriente:
es potro, al que no rigen ni el freno ni la voz;
tropieza, pero al punto recóbrase valiente;
es río que el remanso se encuentra de repente:
se para, toma fuerzas y sigue más veloz.

No falta al pueblo hispano valor ni bizarría;
del alma es su dolencia, y en ella sólo está:
le falta la esperanza, que es fuente de energía...
Quizás con voz, señora, la suerte nos la envía;
tal vez, por vuestra mano, Dios mismo nos la da.

Volved á nuestros pechos la fe que los inflama,
matad el pesimismo que invade nuestro ser:
hacedlo por un pueblo que es noble y os aclama.
La empresa es muy hermosa: tras ella está la fama:
por eso es para Reinas... ¡por eso es de mujer!

Mujer, cual vos, fué un día la Reina prepotente
que al pueblo dió grandeza fundando su unidad.
Pensad que su corona lleváis en vuestra frente:
llevad en vuestro pecho grabado eternamente
su mismo amor á España, su misma voluntad.

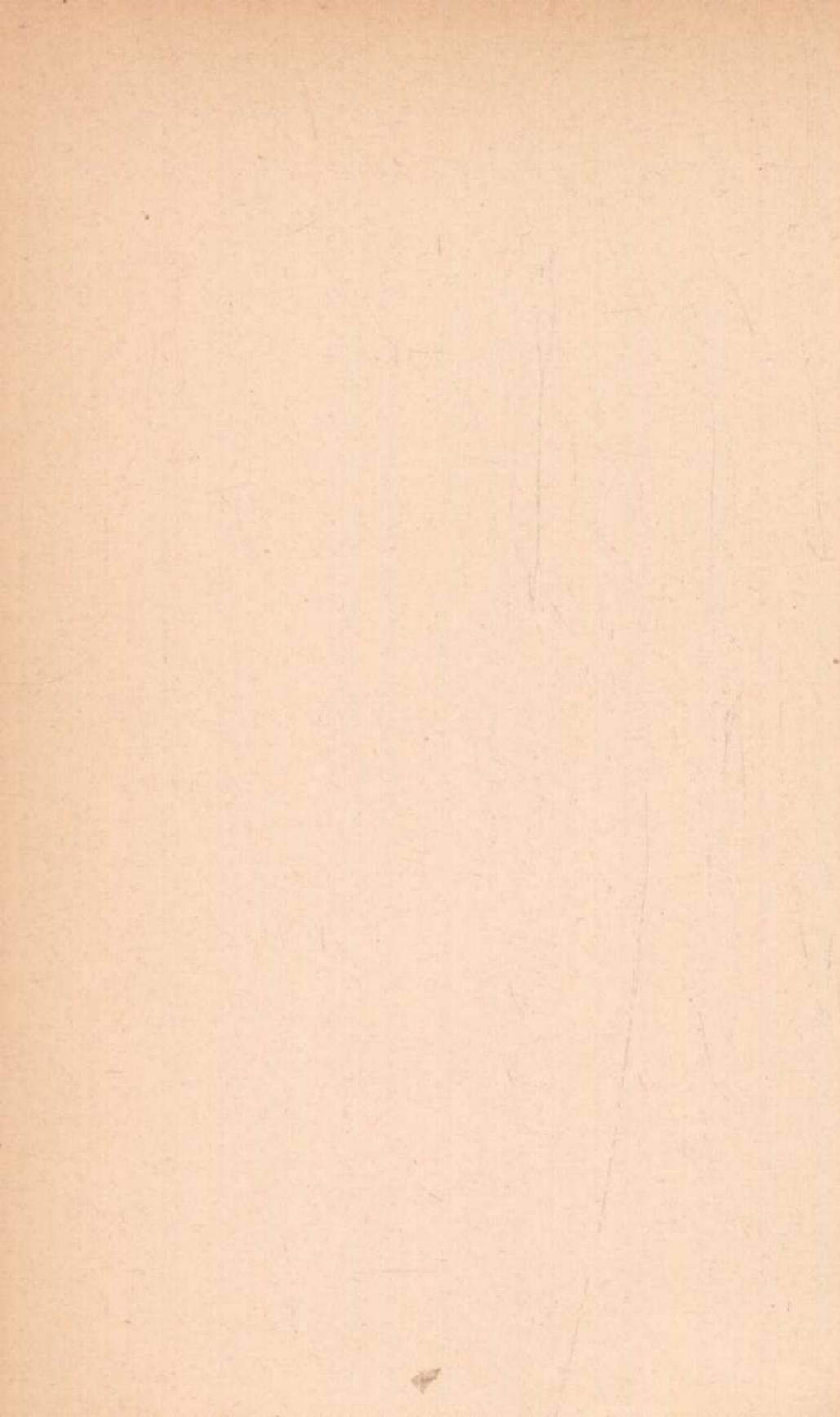
«Por Dios y por mi dama», leyenda fué concisa
de escudos de guerreros con largo lambrequín;
la Historia con su ejemplo discreta nos avisa...
«Por Dios y por mi dama» será nuestra divisa:
la dama, vos, señora, y España el paladín.

Venís de un pueblo grande: que de él aprenda el nuestro;
maestra, al par que Reina, pretende hallar en vos
que marque su camino cual guía fuerte y diestro.
Dios mismo se ufanaba del nombre de Maestro:
¡los Reyes en la tierra la imagen son de Dios!

Un soplo de aire sano, de fe confortadora,
que borre el desaliento fatídico y mortal
y engendre la esperanza del triunfo precursora;
sólo eso España quiere... ¡Traédnoslo, Señora!
Nos faltan ideales... ¡Sed vos el ideal!

Tenéis al par dos Patrias, que amáis de igual manera:
vive una en el presente, vive otra en el ayer;
haced á la segunda rival de la primera:
que el Támesis que os manda y el Betis que os espera
compitan y se igualen en fuerza y en poder.

Corona os da un Monarca, de perlas guarnecida:
de rosas y de mirto, corona un pueblo os da;
hacedla, aunque es humilde, benévola acogida;
reinar no es tener trono: reinar es ser querida;
vos sois Reina de España porque ella os ama ya.



DESAMPARO

CALLA, calla; dejemos que duerma:
es preciso el reposo cuidar de la enferma;
eso fué lo que dijo el doctor.
Su semblante parece risueño:
¡qué tranquilo, qué dulce, qué hermoso es su sueño!
De seguro se siente mejor.—

De este modo en la estancia sombría
á un rapaz sonrosado muy quedo decía
una niña de rostro de Abril.
¡Cuán alegre el vivaz rapazuelo,
de su hermana mirando los ojos de cielo,
sonreía con gracia infantil!

¡Qué miseria en la triste morada!
Sin cristal la lumbrera entornada;
ni una silla del lecho en redor.

Por doquiera silencio profundo,
y los últimos rayos del sol moribundo
esparcían siniestro fulgor.

Los suspiros ahogando en el pecho,
de la madre los niños miraban al lecho
con dolor y esperanza á la par.
Con la enferma la muerte piadosa
por mirarla, sin duda, tan joven y hermosa
su semblante no quiso alterar.

—Trabajando empezó su dolencia:
Por nosotros trabaja con tanta paciencia;
por hacernos tranquilos vivir.—
Así al niño su hermana decía...
Y, entretanto, la madre dormía, dormía...
¡Ya era tiempo de verla dormir!

—Yo no puedo ayudar á la pobre,
soy pequeña: es preciso ante todo que cobre
el vigor que ambiciono tener.—
Y seguía diciendo parlera
á su hermano la niña de faz hechicera:
—¡Quién pudiera trocarse en mujer!—

—Ya era tiempo. Dios quiso piadoso
concederle un instante de grato reposo:
sosegar no la deja su afán.
Hace poco, al quedarse dormida,
sollozando me dijo con voz afligida:
«Esta noche, hijos míos, no hay pan.»—

—¡Bah! ¿Qué importan el pan y la cena?
Lo que importa es que pronto mirándola buena
á su lado podamos correr.
¡Calla, calla! Que no se despierte.
De su aliento pausado ni el eco se advierte.
¡Sanará, sanará!.. ¡Qué placer!—

.
¡Pobres niños velando á una muerta!
Descuidad: de ese sueño ninguno despierta.
Dios al fin la dejó descansar.
Vedla bien, qué risueña y qué hermosa:
no por ella, que al cabo es feliz y es dichosa,
por vosotros tenéis que llorar.

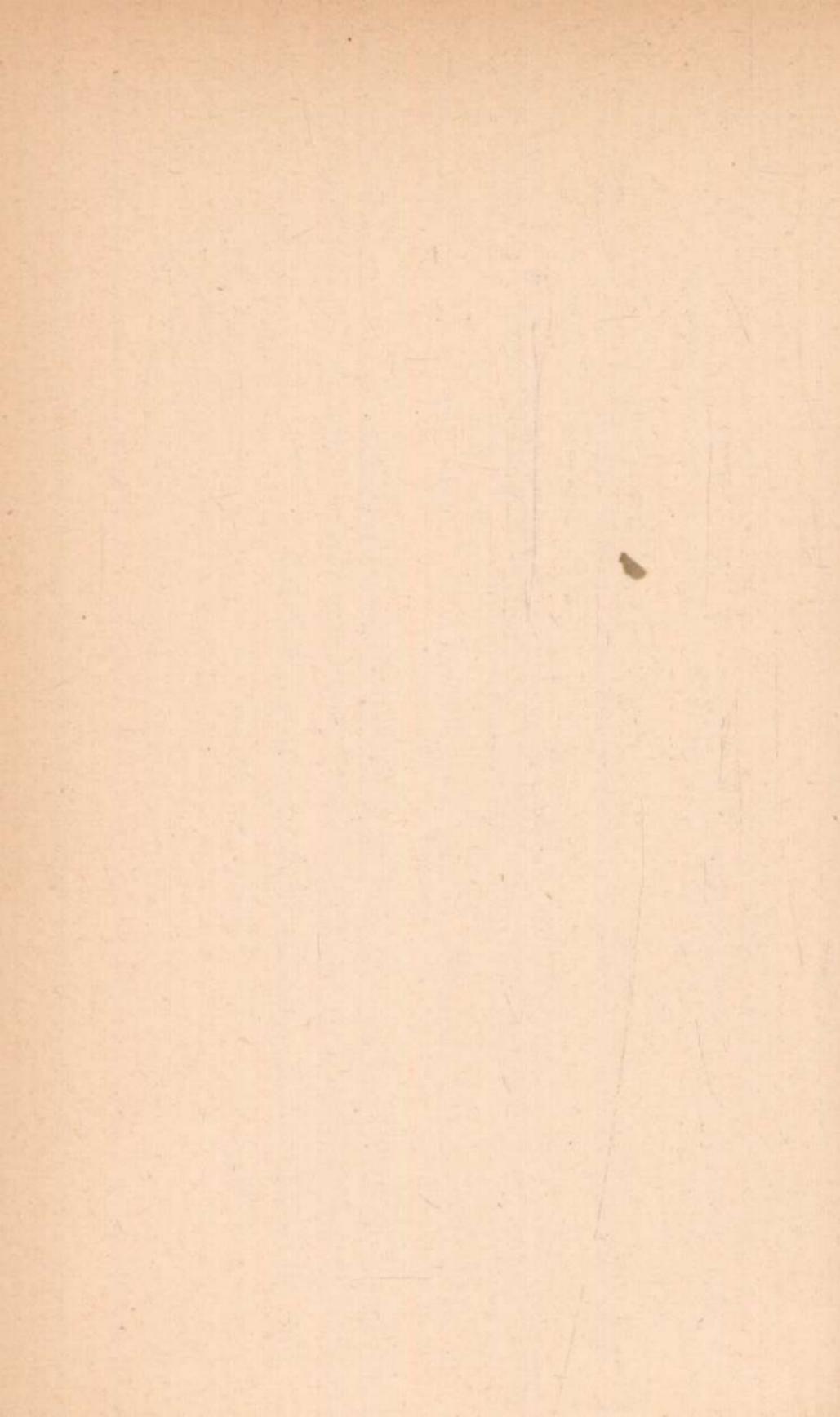
Y la niña diciendo seguía:
—Duerme, duerme.—Y la madre serena dormía

con sus hijos del lecho en redor...
Y seguía el silencio profundo,
y seguían los rayos del sol moribundo
derramando en la estancia su triste fulgor..

AL COMENZAR EL SIGLO XX

HARÁN las maravillas de la ciencia
del siglo que pasó justo el renombre,
que en él triunfó la humana inteligencia,
y fué hasta el rayo servidor del hombre...

Siglo que hoy naces, de laurel cubierto,
no busque más prodigios tu codicia;
si quieres ser más grande que el que ha muerto,
¡sé el siglo del amor y la justicia!...



EL PLACER Y EL DOLOR

I

TUVO, tal vez, la escena algún testigo?
No lo sé, ni consigo
dar del misterio con la oculta clave.
Sé que los dos un día, de repente,
se hallaron frente á frente:
cuándo y en dónde fué, nadie lo sabe.

Triste el anciano, sin vigor ni brío,
cejijunto y sombrío;
ágil el joven, animoso y fuerte.
Así traza de entrambos la pintura
quien más tarde asegura
que el mozo dijo al viejo de esta suerte:

II

—¿Te atreves á cruzarte ante mi paso?
¿Puedes pensar, acaso,
que has de hacerme temblar por iracundo?
Soy el Placer. La tierra es mi conquista.
Mientras el hombre exista
seré el señor y el árbitro del mundo.

Mi ley tan sólo sobre el orbe impera.
Si el Placer no existiera
saltara el corazón, roto en pedazos.
Sin mí ni aun la existencia se concibe.
Por mí vive quien vive,
pues la vida se forma entre mis brazos.

Yo soy para los labios carcajada;
para el campo, alborada;
satisfacción para el ardiente anhelo;
abundancia en la tierra y lozanía;
en el alma, alegría;
en el mundo, calor; luz en el cielo.

Por mí logra la madre la fortuna
de mecer en la cuna
al tierno infante que á vivir la liga.
Yo doy, cuando á la tierra me aproximo,
á la vid el racimo
y á la dorada mies la rubia espiga.

¿Persigue la ambición triunfos y gloria?
¿El soldado victoria?
Yo colmo sus afanes con exceso.
¿Delicias los rendidos amadores
buscan en los amores?
Pues yo en su boca me transformo en beso.

Mi voz del hombre la carrera guía.
De la báquica orgía
vibro en los cantos y en las copas moro.
Soy sombra en los ardores del desierto;
para el náufrago, puerto;
para el avaro, el relucir del oro.

Yo pueblo con imágenes de rosa
de la virgen hermosa
los sueños en las noches de verano;

y cobija á la vez mi ala de armiño
la esperanza del niño
y los dulces recuerdos del anciano.

Es mi heraldo la risa delirante;
mi séquito brillante
cuanto de hermoso el universo encierra;
besos, triunfos, honores, poderío...
El mundo es siervo mío:
el Placer es el dueño de la tierra.—

III

El mozo enmudeció. Vivo reflejo
en los ojos del viejo
brilló, como centella, de repente.
Pensativo quedóse breve rato
y al fin dijo:—¡Insensato!...
Rey del mundo soy yo: ¡yo solamente!

El Dolor, el destino señalado
á cuanto fué creado;

la esencia de la vida, el sufrimiento;
de esa vida que mueve mi palanca,
pues del Dolor arranca
y es el sollozo su primer aliento,

¿Pone el Placer, con carcajada loca,
más risas en la boca
que lágrimas yo vierto sobre el mundo?
¡Si con llanto formado se le hubiera
el mar, sin duda fuera
más salobre á la vez y más profundo!

¿Ve la madre en el hijo su fortuna?
Pues yo trueco la cuna
en fúnebre ataúd y en mal eterno.
¿Abril derrama sobre el prado flores?
Pues cubro sus verdores
con el blanco sudario del invierno.

Soy el vencido, á quien el fuerte oprime;
la miseria que gime;
la corrupción que las conciencias vicia;
soy el mal triunfador y el bien cautivo;
el odio siempre vivo;
la ingratitud, la infamia, la injusticia.

¿Brinda el amor ardientes embelesos?
Yo oculto tras sus besos
la vil traición que envenenando pasa.
¿Ofrece sazonados en estío
sus frutos el plantío?
Yo formo el nubarrón que los arrasa.

Yo de la envidia la tristeza enciendo.
Mi séquito tremendo
son la impotencia, el desengaño, el dolor...
Nadie evitó pagarme su tributo.
Tiránico, absoluto,
se extiende mi poder de polo á polo.

Escucha bien. La universal tortura
sollozo de amargura
llorosa al Cielo sin cesar levanta.
Con él la Humanidad de zona en zona
que es mi sierva pregona.
¡Es el himno al Dolor que el hombre canta!—

IV

Calló el Dolor frunciendo el entrecejo;
y cuando el mozo al viejo
mudo y provocador miraba fijo,
con un nimbo de luz como corona
una augusta matrona
entre los dos cruzándose, les dijo:

—Os movéis, en verdad, inútil guerra.
El cetro de la tierra
ninguno de los dos lograr intente.
Dad término al combate furibundo:
no reinan sobre el mundo
ni el Placer ni el Dolor únicamente.

Entretejiendo triunfos y dolores,
como espinas y flores,
hace en el mundo el hombre su carrera,
y el pesar embellece á la alegría.
¿Fuera tan bello el día
si sus pasos la noche no siguiera?

¿Por qué causa la risa gozo tanto?

Por venir tras el llanto.

Por el humilde es grande el poderoso.

Si el llano no existiese, ¿habría otero?

Sin las nieves de Enero,

¿fuera Mayo tan dulce y tan hermoso?

Hoy tormento y Dolor, Placer mañana:

tal es la suerte humana:

el vencido de ayer, al fin triunfante...

nobleza y falsedad, calor y frío;

la luz y lo sombrío,

todo mezclado en confusión constante.

Pensáis del mundo ser dominadores

y sois mis servidores;

esclavos que vivís en mi obediencia.

Porque á los dos os mando y os obligo

yencedora consigo

el eterno contraste, que es mi esencia.

Yo necesito del Placer fecundo

porque es germen del mundo;

del Dolor, por la muerte, mi aliada:

y así, creando al par que destruyendo,
voy con los dos haciendo
á través de los siglos mi jornada.—

El Placer y el Dolor, contra ella unidos,
miraron sorprendidos
á la augusta matrona aparecida.

—¿Ser, insensata, nuestra reina quieres?

—le dijeron:—¿Quién eres?—

Y la matrona respondió:—¡La Vida!—

EL NACIMIENTO

Á MIS HIJOS

De un monte hecho de corcho bajando la pendiente
que fingen unas tablas en curva desigual,
y á cuyos pies, de estaño despéñase un torrente
que muere en un arroyo formado de cristal,

los Reyes Magos siguen, envueltos en su manto,
el curso que les marca la estrella de latón,
y paran los corceles al ver el Portal Santo
oculto en una gruta de barro y de cartón.

Un grupo de pastores que afrenta á la escultura,
bailando se acompaña con gaita y tamboril,
y olvida las ovejas que pacen en la altura
ó bajan ellas solas buscando su redil.

Allí nacen hermanos el pino y la palmera;
junto á un árbol sin hojas se ven lirio y clavel,
y á un mismo tiempo fingen invierno y primavera
la nieve en la montaña, la flor en el verjel.

De pavos la manada entre el follaje umbroso
formada en doble fila por la vereda va;
y un gallo en un tejado levántase orgulloso
más grande que la casa sobre la cual está.

El viejo asa castañas en la pintada hoguera;
la vieja con su rueca trabaja junto á él;
y al borde del arroyo la tosca lavandera
el trapo ya lavado suspende de un cordel.

Un monte coronando, de Herodes la morada
se eleva pintoresca, como es la tradición:
con sus persianas verdes, su rústica fachada,
encima un pararrayos y el dueño en el balcón.

Allí nada respeta la loca fantasía;
mil épocas se juntan en rara variedad:
¡bendito anacronismo más lleno de poesía
que el cuadro que se ajusta servil á la verdad!

Gozad, hijos del alma: precioso es el momento:
feliz quien con tan poco consigüe tanto bien:
también los hombres ponen su alegre Nacimiento
y en él, como en el vuestro, su dicha va también.

Los reyes que sus dones á perseguir nos lanzan
los triunfos representan que busca la ambición:
si muchos los persiguen, muy pocos los alcanzan,
y á algunos el tocarlos les hiela el corazón.

La plácida zagala que en los peñascos mora,
al hombre, como al niño, produce igual placer:
en tanto que es de barro, se llama la pastora;
después que alienta y vive, se llama la mujer.

Y ese Portal que habita la Majestad suprema
ni cambia ni se olvida sin dar en el error,
porque es el misterioso consolador emblema
de un Dios que al mundo entero redime con su amor.

¡Que siempre la fortuna que os brinda sus halagos
aleje de vosotros la tentación y el mal;
que siempre vuestra estrella, como á los Reyes Magos,
os brinde llana y fácil la senda del Portal..!

COVADONGA

A FABIO

PEQUÉ, Fabio, pequé; llámame necio:
quien quiera estimación que no se exponga
burlas á merecer y menosprecio.

Tu justo enojo contra mí prolonga;
tienes mucha razón: mi culpa ha sido
el dejarme arrastrar á Covadonga.

Por mi fe que entré en ella decidido
á no sentir romántica flaqueza
ni á echar tus advertencias en olvido.

Sé que en el siglo cuya vida empieza,
evocar viejos triunfos y laureles
es casi haber perdido la cabeza;

sé que huyendo de vanos oropeles
los superhombres y varones graves
las rimas han trocado en aranceles,

y sé, por fin, como también tú sabes,
que al sepulcro del Cid, quien bien se estime,
por fuerza debe echar dos ó tres llaves.

Mi falta nada excusa ni redime:
fui débil, sorprendióme la hermosura
del panorama espléndido, sublime;

de la estrecha garganta la angostura
que conduce al histórico paraje,
fuerte urdimbre de rocas y verdura,

me cautivó por bronca y por salvaje,
y quedóseme el alma suspendida
de la abrupta grandeza del paisaje.

Con el lugar la Historia confundida,
ver pensaba á las huestes agarenas
buscando del barranco la salida...

Al fingirme las bélicas escenas,
en fiebre convirtiéndose el desmayo,
la sangre hirviendo dilató mis venas,

y me sentí español; de Marte el rayo
me abrasó el corazón enardecido
y hasta bendije el nombre de Pelayo.

¿Ves que abominación?—Perdón te pido.
No pude remediarlo; te lo juro,
y te juro que estoy arrepentido.

El agreste peñón ríscoso y duro
trajo confusamente á mi memoria
de viejos siglos el recuerdo obscuro;

vi en él la gigantesca ejecutoria
que el origen señala y la nobleza
de una raza, de un pueblo, de una Historia,

y á la vez con orgullo y con tristeza
su ritmo el aire aceleró en mi pecho,
y bajé con respeto la cabeza.

Jamás lazo tan íntimo y estrecho
unir pudo en consorcio permanente
del lugar la grandeza y la del hecho.

El agrio pedregal de la vertiente
hace pensar, por áspero y bravío,
en la legión intrépida y valiente

que á él se acogió con indomable brío
de una nación echando los cimientos
sobre unas peñas donde corre un río.

Rocas son de sus reyes los asientos;
el dosel de sus tronos una cueva
que combaten las lluvias y los vientos;

pero late en sus pechos sangre nueva
y de glorias futuras la semilla
la tosquedad bajo su costra lleva.

De aquellos pedregales á la orilla
el ángel de la guerra con el dedo
les señala á los campos de Castilla;

las piedras con que hoy luchan con denuedo,
templándolas del Tajo en los cristales,
por finas hojas trocará Toledo;

de sus templos los míseros locales,
refugio de la fe cristiana y pía,
serán mañana nobles catedrales;

la piel con que el guerrero se atavía,
Córdoba bella, la gentil sultana,
hará manto de hermosa sedería;

producirá su estirpe soberana
santos y sabios, héroes y gigantes,
prez y honor de la tierra castellana,

y hasta sus roncas voces discordantes
serán al fin, puliendo su aspereza,
el armonioso idioma de Cervantes.

Ahí tienes explicada mi flaqueza.
¡Romanticismos sin razón ni objeto
que se suben de pronto á la cabeza!

No divulgues, ¡oh Fabio!, mi secreto,
pues perderé, si alguno lo delata,
la opinión á que aspiro de discreto.

¡Covadonga! ¡Pelayo! Hablando *en plata*,
¿qué son hoy estas cosas? Necedades
y pujos de retórica barata.

¿Qué envidia nuestra edad á otras edades,
ni al hombre del pasado el del presente
en posesión de todas las verdades?..

Pequé, Fabio, pequé: soy un demente;
pero ¡ay! este barranco maldecido
ha hecho perder el juicio á tanta gente...

¿Qué guarda entre sus rocas escondido?
Por Dios que no lo sé; pero algo encierra
de un oculto poder desconocido.

Acaso, si mi cálculo no yerra,
será esa tosca cruz que se levanta
sobre el pico más alto de la sierra.

Dominando la hondísima garganta,
á través de los siglos todavía
dice á los vientos la reliquia santa:

«Unos hombres, tomándome por guía,
la empresa acometieron generosa
de salvar á una patria que se hundía.

Uniéndose al valor la fe piadosa,
juntas España y yo fuimos el lema
de la epopeya secular y hermosa.

En la lucha titánica y suprema
fuí cruz, bandera, símbolo y espada;
y al terminar el colosal poema,

en sangre tinta y de laurel orlada,
salté desde los riscos asturianos
á las torres moriscas de Granada.

Los primeros indómitos hispanos
me tallaron en piedra y en encina
para llevarme entre sus toscas manos;

más tarde, repujada y argentina,
me alzó otra mano soberana y bella
sobre la regia Alhambra granadina.

Pero siempre era yo, siempre mi huella
doquier que lucha el español linaje
su ardor enciende y sus victorias sella;

sin mí no hay choza, templo ni paraje;
yo coronó palacios y bastiones
y arabescos finísimos de encaje.»

Esto dice la cruz de esos peñones,
que es la antigua, la madre, la primera,
la de sus primitivos campeones.

Por eso al dominar la agria ladera,
en esa pobre cruz tosca y sencilla
parece compendiarse España entera.

Ella es de sus grandezas la semilla;
la que de ruda guerra en los azares
fundó el solar glorioso de Castilla,

que después, en empresas seculares,
su imperio dilató por el planeta
formando razas y ensanchando mares...

Fabio, termino aquí y en prosa neta
un consejo permite que te exponga:
si amas á tu país ó eres poeta,
no vayas en tu vida á Covadonga...

NO CHEBUENA TRISTE

Pobre niño!.. ¿Quién sería?..
¿Dónde se engendró su mal?..
¿Fue hermoso?.. ¿Tenía hermanos?..
¿Murió sin madre quizás?..

¡Quién sabe!.. Va solo, solo,
recorriendo la Ciudad...

¡Ni una flor sobre la caja!..

¡Ni un ser del carro detrás!..

Nadie su pérdida llora:
sólo, movida á piedad,
lágrimas sobre él derrama
la espesa niebla invernal.

Silba el viento, arrecia el frío,
la tarde cayendo va;
están las plazas desiertas,
solas las calles están...

Sin embargo, por doquiera
— raro contraste en verdad —
suenan risas y cantares
que lleva el aire glacial,
y se ven tras las vidrieras
sombras que vienen y van
de las luces al reflejo,
de los cantos al compás.

.
.

En tanto el fúnebre carro
sigue con pausado andar,
siempre solo, siempre envuelto
de la niebla en el cendal.

Es la fiesta de los niños;
es la fiesta del hogar.
¡Nochebuena!.. A su morada
llega el padre con un haz
de césped y de tomillo
que prado y bosque serán
cuando cubra el Nacimiento
la ancha mesa de nogal;
corre la abuela llevando
á un Melchor y á un Baltasar,
que á ser de Fidias no fueran

más admirados quizás;
el niño, que el año entero
para ello ahorró con afán,
compra la estrella de rabo
que del techo colgará,
y solamente se miran
por todas partes pasar
rediles, chozas, ovejas,
la pastora y el zagal,
casas de cartón, molinos,
Herodes de torva faz,
y zambombas y rabeles
y trompetas de metal.
¡Cuántas cabecitas rubias
ahora dichosas serán!
¡Cuántos juegos, cuántas risas,
y cuánta felicidad!
Y luego, cuando el cansancio
venga la fiesta á acabar
y los párpados se entornen
bajo el beso maternal,
¡cuántos ensueños de gloria!
¡cuánto placer que gozar!..
Es el presente divino
que todos los años da
á los niños sus hermanos
aquel Niño del Portal.

Un niño solo no canta;
sólo un niño mudo está...
¡Tal vez no jugó en su vida
ni vió á su madre jamás!..
Tal vez pasó por el mundo
sin saber — ¡suerte fatal! —
que hubiese una Nochebuena
— noche de amor y de paz —
y unos juguetes de barro
y hasta un beso y un hogar...
Mientras otros niños juegan
el de la Tierra se va...

.

.

Sigue cayendo la tarde,
sigue del viento el silbar,
y sigue el carro su marcha
solo, sin nadie detrás...

.

.

Los que queréis en el Cielo
luminarias apagar
y arrancar del alma humana
toda fe de un «más allá»,
decidme, ¿llegó ese niño

de su carrera al final?
El no gozó de los bienes
que gozaron los demás;
su vida fué — si eso es vida —
nacer, sufrir, expirar...
y luego..., ¿nada?.. ¡Imposible!
¡Fuera espantosa crueldad!
La luz nos viene de arriba,
y hacia arriba no mirar
es condenar á las almas
á perpetua obscuridad.

Ese niño, como todos,
su Nochebuena tendrá...
Luz, besos, madre, venturas,
cuanto aquí no pudo hallar
la justicia, que al fin llega,
para él centuplicará.
Desheredados del mundo,
no desmayéis... ¡esperad!,
que al cabo penas y goces
se tienen que compensar,
cuando El que todo lo rige
sobre el bien y sobre el mal
pase el temido rasero
de la suprema igualdad.

.

Siguen zambomba y rabeles
resonando sin cesar,
sigue cerrando la noche
húmeda, triste, glacial,
y sigue el fúnebre carro
á través de la ciudad
siempre solo, siempre envuelto
de la niebla en el cendal...

.

.

.

Niebla, sí, niebla delante:

luz, luz muy viva, detrás...

LA ETERNA POESIA

PUEDE morir lo eterno? El alma humana,
¿vive después de muerta la Poesía,
su compañera, su sostén, su hermana?
¿Quién, entonces, al triste
muestra la senda que á los Cielos guía,
y embellece y perfuma cuanto existe?
¿Quién hace dulce la pasión primera?
¿Quién mantiene la fe de los mortales?
¿Quién le dice al dolor: «Llora y espera?»
¿Quién alienta los puros ideales,
santos refugios donde el alma herida
va á buscar el alivio de sus males
y á calmar sus nostalgias de otra vida?
Nadie. ¿Y á qué cantar? ¿Quién lo reclama?
La noble estrofa ó la tranquila endecha
brotan del corazón que sufre ó ama.
De nuestra edad el vil materialismo

siente su sed de goces satisfecha,
y contento camina hacia el abismo.
¡Arte! ¡Belleza! ¡Fel!.. ¡Cosas que fueron
y nunca volverán!.. Harto en la brecha
el alma y la materia combatieron...
Deber penoso obliga
á dar al vencedor la justa palma.
La materia triunfó de su enemiga...
¡sufra su yugo resignada el alma!

¡Tremenda es la derrota!
La belleza sin culto,
muerta la inspiración, la lira rota,
las musas en tristísimo abandono,
y Apolo, entre la befa y el insulto,
arrojado con ellas de su trono...
Todo dice que ha muerto la Poesía,
la voz de Dios, el misterioso lazo
que con Él á los hombres nos unía.
La muerte en su regazo
guarda y oculta á la deidad hermosa;
del pasado en las yertas soledades
hay que limpiar, para encontrar su fosa,
el polvo secular de otras edades.

Y allí levanta la abatida frente
bajo el regio dosel del cielo heleno,
limpio, diáfano, azul, resplandeciente...
Abren las olas su profundo seno,
y surge, sobre concha nacarina,
coronada de flores la cabeza,
Venus, la madre del Amor divina,
tipo inmortal de la inmortal belleza;
dispara el niño alado, en loco juego,
vivas flechas punzantes,
siempre acertando á dar, aun siendo ciego;
llaman á los incautos navegantes
con acordados cantos las sirenas;
alzan sus copas de oro las bacantes;
ninfas, nereidas, sátiros y ondinas
las selvas cruzan de perfumes llenas,
ó las límpidas aguas cristalinas;
y en el confuso término lejano,
Atenas la sin par, la noble Atenas,
sirve de fondo al cuadro soberano.

A la plaza anchurosa
llega del pueblo artista la oleada.
Aspasia, entre la turba clamorosa
que la saluda á coro,
pasea recostada

en carro de marfil y ébano y oro;
Demóstenes excita á la pelea
con arranque supremo,
y su palabra es rayo y centellea;
Platón con sus secuaces busca asilo
en el frondoso huerto de Academo;
Píndaro canta al par del viejo Esquilo;
enseñando á luchar Leónidas muere;
Fidias golpea sobre el mármol duro,
y éste, al sentir el golpe que le hiere,
con el que el soplo creador recibe,
dejando de ser piedra á su conjuro
toma sangre y calor, palpita y vive.
Acude ante el Jurado la acusada
y oye en silencio la sentencia dura;
pero, con mano airada,
rompe ante el tribunal su vestidura,
descubriendo del pueblo á la mirada
su perfecta y espléndida hermosura.
Su fallo, al verla, el Tribunal revoca:
«¡La belleza es sagrada!»
grita la plebe alborozada y loca,
y ella, queriendo en tanto
cubrir con digno velo sus hechizos,
suelta su pelo que, cual regio manto,
desciende hasta sus pies en blondos rizos.
Todo es belleza y arte y luz y llama

en el eterno y colosal poema
con el que Grecia fatigó á la fama;
todo sorprende al alma y los sentidos,
y en la labor suprema
juntos y confundidos
trabajan, sin segundo ni primero,
con el pincel Apeles,
con la palabra Homero,
y con cincel divino Praxiteles.

¡Ah, sí! Sobre la tumba del pasado
hay que buscarte, ¡oh santa Poesía!
Mas no es sólo el de Grecia tu reinado.
También se ve tu huella soberana
en la edad del valor y la hidalguía,
tan noble, tan hermosa y tan lejana:
cuando cada arrogante caballero,
si á la guerra acudía,
tronos llevaba y reinos en su acero;
cuando morir por Dios y por su dama
era deber del noble que cumplía
ganando al sucumbir eterna fama;
cuando jamás al débil ú oprimido
faltaba en su amargura
un brazo á defenderle apercebido;
y al valor ayudando la hermosura,

las bellas grandes hechos preparaban,
bordando en sus ocultos camarines
las ricas bandas que después cruzaban
el pecho de los fuertes paladines.

Aquí la multitud corre al torneo:
los potros, al combate preparados,
lucen gallardos su marcial arreo
con adornos de plata recamados;
el viento en las cimeras
agita los larguísimos plumajes,
y en torno del palenque las banderas;
y el sol quiebra sus vívidos reflejos
en rodelas y cascos y rendajes
que parecen arder vistos de lejos.
Junto al falso combate que enardece,
las luchas verdaderas y mortales
en que el valor ante el peligro crece.
La sangre por doquier corre á raudales;
mas ¿qué importa la vida
para quien ama el bien por que pelea?
¡Sangre por él vertida
es el riego del árbol de la idea!

Princesas encantadas
lloran sus penas tras las rejas duras

de las vetustas torres almenadas;
caballeros, sedientos de aventuras,
persiguiéndolas van noches y días;
entona el trovador himnos sagrados
al pasar por las viejas abadías,
ó en el noble castillo
hechos de guerra grandes y esforzados
ante el fiero señor de horca y cuchillo;
la castellana, oyéndolo, suspira
por algún lindo paje
que acaso ignora la pasión que inspira;
remite el ofendido sin recelo
la venganza que busca por su ultraje
de Dios al juicio en el sangriento duelo;
el noble que igual jūzga su destino
al del rey que eligió por soberano,
besa el pie del humilde peregrino
y le sirve en la mesa por su mano;
y todo es fe, contrastes é hidalguía,
nobleza y alma pura y generosa,
arte, en fin, y suprema Poesía
en esa edad hermosa
que, soltando al valor libre la rienda,
pobló, fecunda en héroes y titanes,
de Amadises y Orlandos la leyenda
y la historia de Cides y Guzmanes...

Mas no es en esa edad noble y lejana,
tan pródiga en grandezas y en errores,
donde está la belleza soberana:
la mayor, la más pura,
la que entre inmarcesibles esplendores
eterna brilla y sin rival fulgura,
no busca trovadores ni guerreros,
ni en la contienda impía
mantiene en sangre tintos los aceros:
ama la paz, se inspira en la clemencia
y tiene, limpia y clara como el día,
el amor por esencia,
la fe por base y la verdad por guía.

Con su inmortal victoria
escribe ese período
la página más bella de la Historia.
Chispa divina en las conciencias prende
que crece por doquier, lo invade todo,
y el viento aviva el fuego que se extiende.
Pronto la nueva idea
al mundo entero conquistar pretende,
y se lanza animosa á la pelea
sin jefes, sin escudos, sin espadas;
viejos, niños, doncellas,
llenan sus anchas filas mal formadas,

pero el triunfo va en ellas:
va en ellas el guerrero
que nunca fué vencido,
más duro que la flecha y que el acero;
va el que á todos los lauros arrebató
y á morir decidido
sonríe bajo el golpe que le hiere;
va el mártir, el soldado que no mata,
porque sabe que triunfa cuando muere.

Y vence al fin la idea redentora.
Del verdugo en las manos
se embota la cuchilla destructora;
en la arena del circo, ya no abierto,
hartas de beber sangre de cristianos
se adormecen las fieras del desierto,
y los que bajo tierra se escondían
para huir de panteras y puñales,
salen á luz y las conciencias guían
y elevan las soberbias catedrales
donde, trasunto exacto de su anhelo,
los arcos ojivales,
como buscando á Dios, se alzan al cielo.
Al culto material de los placeres
sigue el culto que busca mejor palma,
del bien, de la pureza y los deberes,

digna y feliz resurrección del alma.
Tras la molicie y el placer y el vicio,
la penitencia austera,
la ferviente oración y el sacrificio.
Sufrir es del creyente la bandera,
y, abrazado al dolor, jura en el templo
á la pobreza consagrar su vida.
La cruz es la enseñanza y el ejemplo.
Vedlo palpable. La potente mano
que los orbes mantiene
y enciende el sol y enfrena el Oceano,
desgarrada y herida
con esfuerzo sostiene
pendiente en un madero un cuerpo frío;
los pies, que temblar hacen las estrellas
al recorrer los mundos del vacío,
enclavados están por turba aleve;
tristes se entornan las pupilas bellas
donde el día su luz sediento bebe;
por no ver la tragedia consumada
el sol se esconde tras la nube roja;
se estremece la tierra horrorizada
cuando la sangre del Señor la moja,
y en el terrible instante en que perece,
Dios, con su sacrificio voluntario,
dignifica el dolor y lo ennoblece
en el sangriento drama del Calvario.

¡Ideales hermosos!..
¡Religión, arte, fe, lucha, hidalguía!..
¡Recuerdos de otros tiempos venturosos!..
Con vosotros murió la Poesía.
Apolo mudo á su dolor se entrega,
y ecos no encuentran en el alma humana
ni la hermosura de la Venus griega
ni la grandeza de la Cruz cristiana.

Pero no, no es verdad; las musas duermen,
mas no pueden morir: tarde ó temprano
la espiga brota y fructifica el germen.
La Poesía vive; está dormida;
porque, si late el corazón humano
en él está la prueba de su vida.
¿Se acabaron, acaso, los dolores?
¿No hay una aspiración? ¿No hay un anhelo?
¿No hay sonrisas, ni pájaros, ni flores?
¿Tras la verdad el hombre no se lanza,
ni siente el alma cuando mira al cielo
el beso bienhechor de la esperanza?
¡Ah! la santa Poesía
al mundo descendió como consuelo
en la aurora feliz del primer día;
cuando del «fiat» á la voz primera
Dios, sacudiendo el polvo de su manto,

astros y soles derramó en la esfera;
y durará hasta tanto
que la noche postrera al ser llegada,
sin canto el ave y sin rumor la selva,
la voz que sacó al mundo de la nada
á su seno sin fondo lo devuelva.

LA ULTIMA PAGINA

ADIÓS, gratas horas de goces risueños,
tropel de ilusiones, fantasmas y sueños,
anhelos divinos, impulsos de amar!..
¡Adiós, de las playas finísimo encaje,
de seres y cosas secreto lenguaje,
rumor del bosque,
murmullos del mar!..

La voz de la vida, que llama á mi puerta,
mi sueño sacude, me grita «despierta»,
rompiendo el hechizo del dulce sopor.
¡Adiós, esperanza de dicha perdida,
de encantos que el alma gozó estremecida:
me llama la vida:
me llama el dolor!

Oh libro, que al mundo mis versos arrojas:
tu esencia es mi esencia; mi ser y tus hojas
son hilos y urdimbre de un mismo tisú.
Tú en mí te formaste; yo en ti ver me dejo.
¡El cuerpo y la sombra! ¡La luz y el reflejo!
Tú has sido el espejo...
yo soy lo que tú.

Del alma á tus hojas sinceras y rudas
mis penas, mis dichas, mis ansias, mis dudas,
pasaron y el ritmo las hizo vibrar.
¡En ti su consuelo buscó el llanto mío,
tú fuiste el refugio que tuvo mi hastío,
el cauce que al río
recoge al pasar.

Y río es mi canto. Su linfa de plata
también riega flores y juncos retrata,
también en sus ondas los Cielos se ven:
ya vibre en estrofas, ya cruce pinares,
también corren juntos arroyo y cantares:
el agua á los mares,
mis cantos al Bien.

Al Bien. La Poesía, destello divino,
de todo lo grande señala el camino,

y estrecha á los seres con lazos de amor;
por ella es el cielo más puro y brillante,
más fértil el campo, más tierno el amante,
la luz más radiante
y el mundo mejor.

Por ella á mis ojos la vida es hermosa,
porque ella la tiñe de nácar y rosa
y alfombra de lirios ofrece á mi pie;
por ella están llenos el sol de fulgores,
de cantos los nidos, los prados de flores,
los pechos de amores,
las almas de fe.

Sus fúlgidos rayos, si al hombre rodean,
su frente iluminan, su ser hermocean,
lo limpian de escoria, lo apartan del mal:
mirado tras ellos, el hombre es honrado,
es héroe y es mártir y atleta y soldado,
su aliento esforzado,
su mano leal.

Mujer que tras ellos se mira un instante
no es nunca perjura, ni infiel, ni inconstante;
no es vil cortesana de torpe impudor:

es siempre la virgen que acude á la cita,
la esposa que llora, feliz en su cuita,
la madre bendita
radiante de amor.

Si el mundo no es esto; si siempre en la tierra
el justo es vencido con todos en guerra;
si el triunfo del bueno resulta fugaz;
si sólo es lo cierto que el hombre consiente
que el mal por doquiera levante la frente...
¡bien haya el que miente!
¡mal haya el veraz!

ÍNDICE

	Págs.
INTRODUCCIÓN.	7
HOJA EN BLANCO.. . . .	17
LOS OJOS DE BEBÉ.	21
¡TIERRA!.	27
¡ANDALUCÍA!.	39
LA CASA EN QUE NACÍ.	49
POR ZORRILLA.	55
MOROS Y CRISTIANOS.	61
EL MEJOR GUÍA.	77
LA CATEDRAL DE LEÓN.	89
A LA MUERTE DE VICO.. . . .	93
LA REJA.	97
LA ESCLAVITUD DEL RAYO.. . . .	101
LOS JARDINES DE LA GRANJA.. . . .	113
EL COLLAR DE PERLAS.. . . .	123
LA CONFESIÓN.	125
LA REINA DE LA FIESTA.	135
FRASE HISTÓRICA.	139
EL POEMA DEL HIERRO.. . . .	141
MI AMIGO.	149
TESTAMENTO.	155
LA PAZ DE LA ALDEA.	159
LUIS XVII..	165
CON MOTIVO DEL INCENDIO DE UNA MINA.	171
BIENVENIDA.	175
DESAMPARO.	181
AL COMENZAR EL SIGLO XX.	185
EL PLACER Y EL DOLOR.	187
EL NACIMIENTO.	197
COVADONGA.	201
NOCHEBUENA TRISTE.	209
LA ETERNA POESÍA.	215
LA ÚLTIMA PÁGINA.	227

